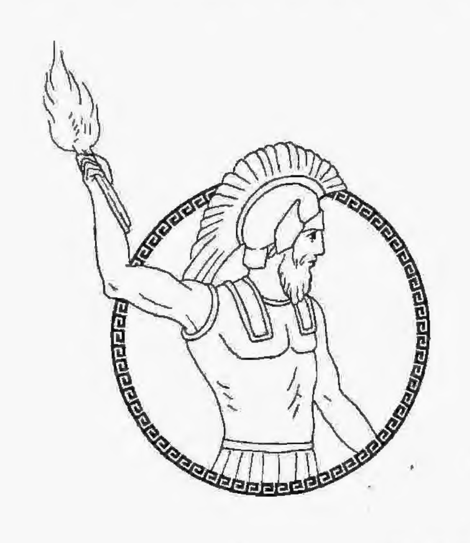
LOS VIAJES DE
ENEAS



Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8652-9
Depósito legal: B 22254-2016

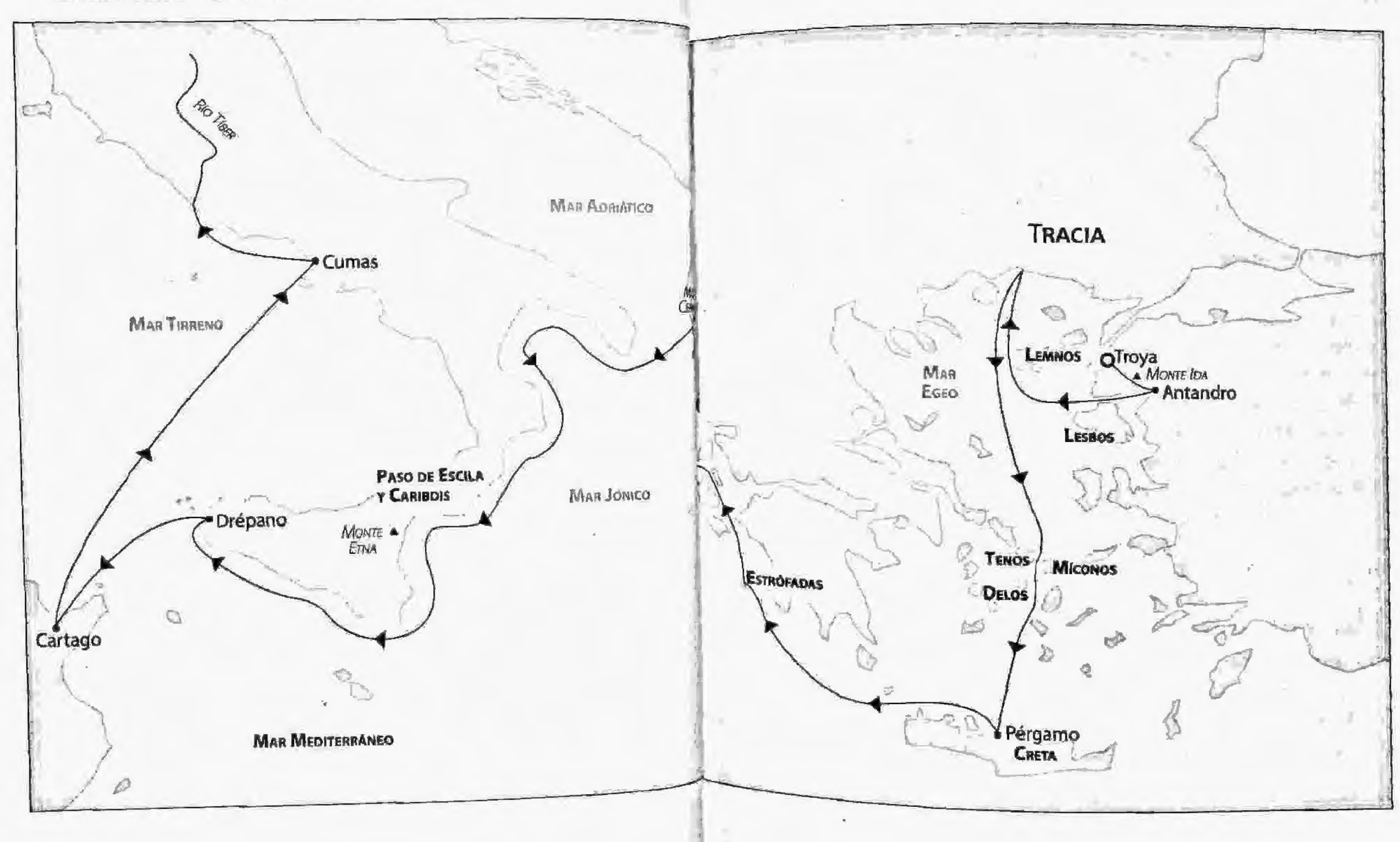
Impreso en Rodesa

Impreso en España – *Printed in Spain*

¿Qué hado va persiguiéndote entre tantos peligros
a ti, hijo de la diosa? ¿Qué violento poder te arroja
a estas riberas despiadadas? ¿Eres tú aquel Eneas
que dio al dardanio Anquises Afrodita,
la transmisora de la vida, allá a la orilla
del Simunte de Frigia?

Eneida, Virgilio, libro I

VIAJE DE LOS TROYANOS HACIA EL LACIO



Dramatis personae

Los troyanos

Eneas – héroe de la guerra de Troya, el más valeroso después de Héctor, protegido de su madre Afrodita.
Anquises – padre de Eneas y primo del rey Príamo, amado por Afrodita, reducido a la cojera por jactarse de sus amores con la diosa.
Creúsa – hija de Príamo, rey de Troya, primera esposa de Eneas.
Ascanio – hijo de Eneas y Creúsa, miembro de la estirpe real troyana.
Teucro – primer rey de la Tróade, de origen cretense.
Dárdano – fundador de la ciudad de Dardania, casado con la hija del rey Teucro, de quien hereda del trono.

Los inmortales

Hera – esposa de Zeus, protectora del matrimonio, opuesta a los troyanos por acoger a Paris y Helena.
Afrodita – diosa del amor, favorece el estallido de la guerra de Troya al entregar Helena a Paris.

Apolo – dios de la mesura, la música y los oráculos, protector de los troyanos, entre quienes tiene muchos hijos.

Reyes y reinas

Anio – soberano de Delos e hijo de Apolo, de quien es sacerdote.
Acestes – anciano rey de Drépano, en Sicilia, de madre troyana.
Dido – reina de Cartago, exiliada de la ciudad fenicia de Tiro tras el asesinato de su marido por parte de su hermano, amante de Eneas.
Latino – monarca que domina la región del Lacio que se extiende alrededor de la desembocadura del río Tíber, padre de Lavinia, segunda esposa de Eneas.

1

Las últimas horas de Troya

La aurora esparcía sus primeros haces de luz sobre las ondulaciones más elevadas de las montañas. Desde allí, la vista era portentosa, de una belleza y una paz estremecedoras. Las verdes y frondosas cañadas, tocadas por el manto protector de las gotas de rocío, contrastaban con la inmensidad salada del turquesa del mar y el gris volcánico de los promontorios basálticos. La soledad y el silencio eran respetados incluso por los vientos, que no soplaban, y los pájaros, que no se atrevían a silbar.

Pero esa mañana no era como todas las que la habían precedido desde el origen de los tiempos. Un hombre solo, sentado sobre una roca, se retorcía de dolor. Sus ropas, vestigios de un guerrero de rancio abolengo, estaban hechas jirones. Sus manos ennegrecidas le cubrían el rostro y tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Sus lágrimas mojaban la hierba igual que la rosada. A pesar de su as-

pecto abatido y desastrado, del pelo desmadejado, de las arrugas que surcaban su frente, sus miembros eran proporcionados y bellos, como si estuviese tocado por la gracia de los dioses. Ese varón recio, joven y maduro a un tiempo se llamaba Eneas.

Se levantó y, alzando el rostro, dirigió la mirada hacia el horizonte. En la lejanía, hacia el norte, negras columnas de humo se levantaban hacia el cielo desde los escombros crepitantes de una gran ciudad, impregnando el aire, antes límpido, con una pestilencia insoportable. Ardía y perecía Troya sin remisión tras una noche orgiástica de fuego y sangre. Mientras tanto, el mar, inconmovible, pletórico de olas y espumas, dibujaba un contorno de islas que se fundían con el azul infinito. Las sombras de la ciudad pertenecían ya al pasado, el mar restallante era el futuro ignoto, el presente era ese instante fuera del tiempo, entre la tierra quemada y las aguas turbulentas. No sin dificultad, aceptaba Eneas que su camino estaba lejos de los estragos del mundo que oteaba a sus pies, que debía partir en pos del destino que los dioses le tenían reservado.

—El mar... —murmuró, rompiendo el silencio del amanecer. No brotaban ya más lágrimas de sus ojos.

Descendió de lo alto del collado. Abajo, en el claro del bosque donde se alzaba un viejo templo consagrado a Deméter, estaba el campamento donde le aguardaban familiares, fieles y muchos otros troyanos que habían podido escapar de una muerte segura. Su padre, Anquises, y su hijo, Ascanio, se abrazaban agazapados bajo una manta.

Muy lejos quedaba el tiempo en que él había sido un chiquillo, como ahora su pequeño Ascanio, un niño despierto y sensato, alegre y feliz. Luego un joven enviado a Troya con su hermana Hipodamía y su cuñado, el valiente Alcátoo, para ser educado según su noble linaje. Más tarde, un hombre enamorado de Creúsa, hija del justo y bondadoso rey Príamo de Troya y hermana de Héctor, el guerrero troyano más grande, comandante de las fuerzas de la ciudad. El rey era un buen hombre, con el que, sin embargo, nunca había tenido una relación cordial. Por eso habían decidido vivir su amor fuera de los muros de la ciudad, en una casa espaciosa con tierras de cultivo y animales, a distancia de las intrigas y las servidumbres palaciegas. Gracias a ello, sin duda, habían salvado la vida aquella noche funesta... Aunque no todos. Eneas sintió el dolor de un dardo clavado en el pecho al pensar en su mujer, su amada Creúsa. Aquel mundo que ahora recordaba, su mundo, había desaparecido, pero su querido hijo estaba destinado a una causa superior. Ayudarlo a cumplir ese destino, se dijo, sería a partir de ahora la tarea que daría aliento a su existencia.

Apoyando la espalda en una roca, se sentó junto a ellos, exhausto por el cansancio. Apenas entornó los ojos, volvió a ver el fuego en su ciudad, el horror, la muerte. ¿Cómo han podido entregarse los hombres a semejante barbarie? Siempre había temido el sitio al que habían sometido a Troya, que había durado diez años, desde el infausto rapto de Helena por Paris, sin poder apartar jamás de su corazón el convencimiento de que los griegos acabarían conquistándola. ¿Cómo era posible que se hubieran dejado engañar con la estratagema del caballo de madera, a pesar de las advertencias desesperadas de Laocoonte? Sin que los suyos

le hicieran ningún caso, este sacerdote de Apolo había dicho unas palabras sabias que Eneas recordaría por siempre:

—Temo a los griegos incluso cuando traen regalos.

∞

Se elevaba el griterío de hombres y el ronco son de las trompetas. Se había descubierto el ardid del enemigo y ya las casas de los grandes jefes troyanos se desplomaban devoradas por el fuego. La ciudad relumbraba en lo alto de su colina, rodeada por la llanura, por los fulgores de las llamas. Al frente de un puñado de soldados, Eneas combatía por las calles arrebatado por el furor y la cólera.

Había acudido corriendo a Troya en cuanto el estruendo de las armas alcanzó su casa, que quedaba retirada, y había hallado las puertas abiertas de par en par. En medio de la urbe seguía plantado en pie el caballo que había vertido hombres armados en el mismo centro de la ciudad. Los griegos eran miles, se diría que toda la multitud que arribara un día de Micenas a las órdenes del rey Agamenón. A la luz de las llamas, fueron uniéndose a Eneas valerosos guerreros ávidos de pelea. Como lobos lanzados a ciegas por la rabia para defender su cubil, se precipitaron al combate en cuanto avistaron a los primeros griegos.

A través de dardos, lanzas, espadas y picas, lucharon calle por calle, casa por casa, intentando detener a un enemigo bien preparado que avanzaba arrasando sin miramientos todo lo que hallaba a su paso. El fuerte olor de la carne quemada invadía el aire y enajenaba su mente. A pesar de sus esfuerzos, aquella antiquísima ciudad, reina y señora durante tantos años, se derrumbaba. Yacían a cada paso cuerpos sin vida tendidos

en las calles, las casas, los patios, los umbrales sagrados de los dioses... Todos pagaban con su sangre, defensores y asaltantes, en aquella noche de estrago y pestilencia, de derramamiento de sangre como jamás se había visto, salvaje y demencial, indigno de seres que pretendieran decirse humanos.

Al oír el griterío y ver la polvareda en el palacio de Príamo, Eneas corrió hacia allí seguido por los más fieles. Hallaron las puertas arrancadas de cuajo, y, en el interior, un reguero interminable de cadáveres y sangre. La cabeza cercenada del rey Príamo yacía expuesta sobre unas maderas que oficiaban de siniestro altar funerario. Los troyanos se detuvieron ante aquel horrible despojo, lívidos, incapaces de llevar el aire a sus pechos. Entonces fue cuando Eneas sintió que Troya entera se hundía en las llamas, socavada desde su base. Flojearon sus piernas, la espada le cayó de la mano. De manera inevitable, al ver al rey ultrajado de aquel modo acudió a su mente la imagen de su querido padre, que tenía la misma edad, exhalando la vida por una herida cruel, imaginó a Creúsa abandonada, saqueada su casa, degollado su pequeño Ascanio.

Al volverse a buscar los rostros de los demás, se encontró solo. Todos habían desertado de su lado. Viendo que en el suelo yacían también soldados griegos muertos, le arrebató la armadura a uno de ellos y se vistió. Quizás de esa forma tendría una oportunidad de atravesar las filas enemigas y llegar a casa. No había podido rescatar su ciudad, no había llegado a tiempo de proteger a su rey, pero pondría a salvo a su familia.

∞

Agazapado entre la maleza y protegido por las sombras de la noche, Eneas consiguió alcanzar su hogar, en las afueras.

Cruzó el umbral con el corazón encogido, pues vio que la casa estaba silenciosa y desierta, y fue recorriendo sus estancias, sus pasillos, con la espada en la mano, temiendo enfrentarse a la desgracia innombrable, con el peor de los horrores, detrás de cada esquina. Encontró a su esposa llorando en sus aposentos. El pequeño Ascanio, agarrado a las faldas de su madre, no podía evitar contagiarse del llanto materno, afectado por la confusión y el pavor. Creúsa había llamado a los sirvientes a refugiarse con ellos mientras esperaban a Eneas, angustiados al imaginar que quizá no volvería jamás. Se echó en sus brazos, lo besó. El héroe se sabía sucio de sangre y sudor, tiznado, y, después de tanta muerte, aquel cariño devolvía el calor a su cuerpo. Se dirigió a todos los presentes:

—Pronto llegarán los griegos empapados en la sangre de Príamo y de todos quienes se ponen ante su hierro. Huyamos a los montes. Hay allí un antiguo santuario abandonado junto a un vetusto ciprés que se conserva de largo tiempo atrás. Advertid a todas las casas vecinas y a quienes halléis en el camino que se pongan en marcha cuanto antes. Todos nos juntaremos allí, cada cual por su lado.

Anquises, el padre de Eneas, reposaba cansadamente en un asiento debido a su cojera, fruto del rayo lanzado por Zeus en castigo por alardear de haber tenido a la divina Afrodita en sus brazos. Alzándose con dificultad, negó con la cabeza:

—Emprended la huida vosotros, cuyas fuerzas se mantienen pujantes en su vigor primero. En cuanto a mí, si hubieran querido los moradores celestes que siguiera viviendo, me habrían conservado mi ciudad y mi casa. Ningún mal puede ya nadie hacerme.

Ante estas palabras, Creúsa y Ascanio dieron rienda suelta a las lágrimas. Eneas se ciñó la espada una vez más y se ajustó el escudo:

—¿Crees que podría marcharme dejándote abandonado? —dijo—. Si les place a los dioses que nada quede de tan gran ciudad y es firme tu propósito de añadir tu ruina a la de Troya, reanudaré la lucha hasta el aliento final para que no muramos sin venganza.

Creúsa corrió frente a él, llenando con sus gemidos toda la estancia.

—Si vas en busca de la muerte, llévame contigo para que la afrontemos juntos. Pero ¿a quién le dejas a tu amado Ascanio? —dirigió su mirada desencajada hacia Anquises, que se mostraba turbado ante aquellas declaraciones—. ¿Por qué os esforzáis, hombres orgullosos, en labrarle la desgracia a un niño sin culpa?

En aquel momento, ante la vista de todos, una corona flamígera se encendió sobre la cabeza de Ascanio, cuyos ojos habían quedado en blanco y su expresión, sin gesto alguno. Espantado, Eneas corrió junto a él y sacudió la llama con su mano, pero no logró apagarla, sino que aquel fuego de tenues colores anaranjados y azulados se extendió hasta las sienes del niño. Entonces una fuerza invisible levantó a Ascanio del suelo por encima de todas las cabezas. Levitando sin padecer ningún daño, el cuerpo se encendió entero como si estuviera a punto de estallar y desvanecerse en el aire, consumido por las llamas. Anquises tendió las manos a lo alto, clamando:

—¡Zeus omnipotente, que a menudo te dejas mover por los ruegos de los mortales, solo te pido que, si crees que la inocencia de este niño lo merece, me confirmes este presagio!

Apenas el anciano dijo esto, sonó el fragor de un trueno. La llama escapó por los aires, liberando al pequeño, que cayó al suelo y despertó de su trance de modo súbito, sin saber qué había pasado. Mientras Eneas y Creúsa lo abrazaban con fuerza para convencerse de que estaba vivo, el fuego se dirigió hacia una ventana. Allí se agolparon los sirvientes y el renqueante Anquises y vieron que se alejaba volando por los cielos hasta desaparecer en la negritud. En el lugar exacto por donde se había extinguido, una estrella centelleó con intensidad desusada y luego empezó a moverse. Cayó, dejando una estela de luz, hasta perderse en el bosque, señalando con su lumbre el camino que llevaba a los montes, aquellos hacia los cuales Eneas quería llevar a los suyos.

Después de ser testigo de aquella señal, Anquises se tambaleó, incapaz de seguir manteniéndose en pie. Sin decir palabra alguna, Eneas llegó hasta él, lo cogió y cargó con el peso de su abotargado cuerpo. El padre se rindió al abrazo de su hijo.

Salieron de la mansión y se pusieron en camino formando una comitiva caótica y desolada. A cada casa, una nueva familia, un grupo nuevo se añadía al cortejo que huía hacia el exilio. Llegaron a reunirse una centena de troyanos que corrían en la noche, jadeando por la ansiedad y el cansancio. Los hombres cargaban a los niños, los ancianos se retrasaban del brazo de las mujeres.

Aunque poco antes se había enfrentado a las flechas y los venablos de la hueste griega aglomerada frente a él, Eneas se asustaba al atravesar aquellas sombras ante cualquier movimiento de un animal en la hojarasca, le sobresaltaba cualquier sonido repentino, porque le importaba menos su vida

que la carga que ahora llevaba. De pronto resonó en sus oídos el ruido de apresurados pasos, de armas, de gritos lastimeros. Adentrando la mirada en las sombras lejanas, Anquises gritó:

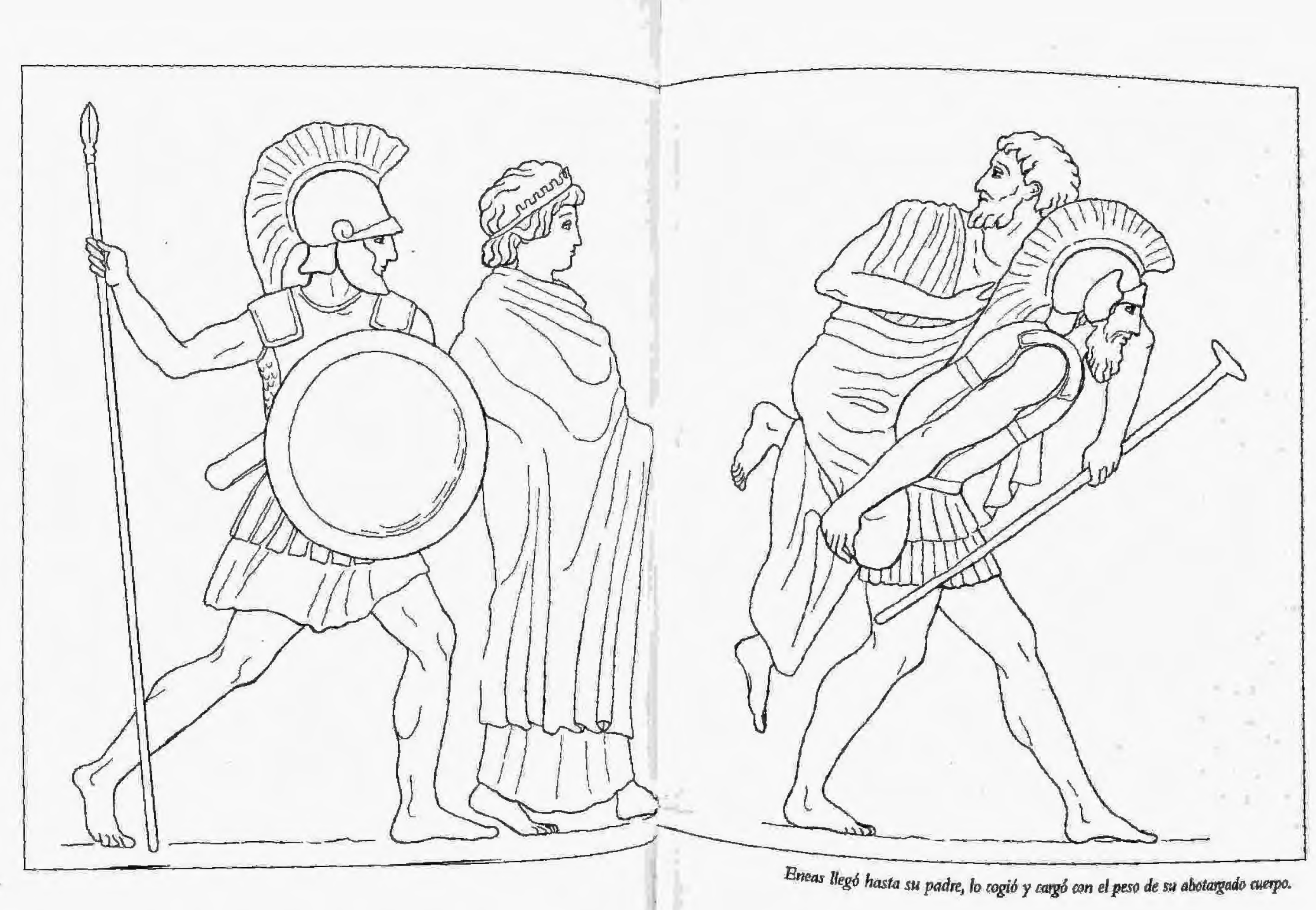
—¡Huye, hijo mío! ¡Se acercan!

Los troyanos corrieron en desorden, despavoridos, tropezando, cayendo algunos en los zarzales, otros internándose en la frondosidad. Eneas se volvió y pudo distinguir allá atrás escudos llameantes y relumbres de bronce. Abandonando el camino, se lanzó a correr campo a través con su padre a cuestas y su hijo bien sujeto, convencido de que detrás iba su esposa. Presuroso, buscó parajes apartados y las rutas menos conocidas. Solo al cabo de un rato se dio cuenta de que Creúsa no lo seguía.

Llegaron extenuados al antiguo templo de Deméter, que se encontraba en un collado del monte Ida, aquel que recibía el mismo nombre que la montaña de Creta donde se había criado Zeus cuando era niño. Troya quedaba lejos. Allí se reunían troyanos fugitivos cada vez en mayor número, madres, esposos, mozos, lamentándose, sollozando, aunque conscientes de que se encontraban entre los pocos que seguían vivos.

—¡Creúsa! —llamaba Eneas, buscando, aún con su padre en los brazos, entre las caras ennegrecidas y manchadas de sangre— ¡Creúsa!

Encontró a los sirvientes de su casa y a algunos de sus vecinos. Hicieron recuento para saber si estaban todos los que habían salido desde sus casas. Estaban todos menos su esposa. Nadie pudo dar noticias de ella. Eneas perdió las fuerzas y tuvo que sentarse. ¿Qué hado aciago le había arrebatado a



Eneas llegó hasta su padre, lo cogió y cargó con el peso de su abotargado cuerpo.

su amada, la bondadosa Creúsa? ¿Había errado el camino o había caído rendida de fatiga? ¿Por qué él no había vuelto la vista atrás para asegurarse de que seguía allí? Las lágrimas se agolparon en sus ojos. No tardó en alzarse de nuevo, rabioso, poseído por la culpa. Fio a los suyos el cuidado de su padre, de su hijo y de los dioses penates y les dio la situación de un valle sinuoso, al otro lado del cerro, donde ocultarse hasta su vuelta. Ciñéndose sus armas centelleantes, desapareció en la oscuridad de nuevo para desandar el camino.

En el bosque, cada sombra era una amenaza. Con el sentido ya confuso, para Eneas todo eran golpes y caídas, ruidos incomprensibles, e incluso el silencio lo amedrentaba. Llamaba a su mujer, pero solo obtenía la respuesta de las aves nocturnas, el murmullo del viento en las copas de los árboles, el crepitar de sus propios pasos sobre la maleza.

Se encaminó hacia su casa pensando que tal vez ella, al extraviarse, había dirigido también hasta allí sus pasos. Antes de llegar, vio ya que la iluminaba el fuego. Se acercó por los senderos ocultos que tan bien conocía para espiar en su interior. La habían invadido los griegos, que la habían arrasado por completo y celebraban su victoria con desenfreno entre el ardor del fuego, comiéndose sus víveres y bebiéndose su vino. Las paredes encaladas estaban manchadas de hollín y de sangre, las llamas se alzaban en los establos.

Al entrar la luna por un claro, Eneas creyó vislumbrar una figura delicada, con un vestido claro como el de su esposa, que rodeaba la casa. Quiso llamarla, pero temía ser oído por sus enemigos. Fue tras ella, creyendo que no le costaría alcanzarla. Sin embargo, cuando llegó a donde la había visto, ya no se encontraba allí.

Oyó movimiento a un lado. La figura estaba lejos y continuaba su paseo para dar la vuelta a la casa. Eneas corrió con todas sus fuerzas, pero tampoco logró atraparla. Cuando dobló el recodo, había desaparecido de la vista. ¿Quién era aquella mujer esquiva? ¿Era en verdad su esposa o solo un engaño de su anhelo? Había llegado junto a los establos, que ardían por los cuatro costados.

—No te es dado llevarte a Creúsa contigo —dijo una voz nítida que retumbó en las sienes de Eneas.

Al volverse, espantado, el héroe vio la imagen de Creúsa que emergía caminando del fuego que devoraba las caballerizas. Eneas se estremeció y sintió que la voz se le pegaba a la garganta. La sombra de su esposa cerró los ojos, dolorida.

—Desecha ya tus lágrimas, pues tu vida está lejos de aquí. Errante, peregrino, surcarás el mar insano, pero arribarás finalmente a una tierra donde te aguardan días de ventura y un próspero reino, que algún día será el mayor que haya visto el mundo.

Tal diciendo, la sombra reculó y las llamas la devoraron. Eneas cayó sobre sus rodillas, sollozando, devastado por el dolor. Le dolían todas las caricias que ya nunca daría a su esposa, todos los besos, todas las risas, todos los reproches, las peleas y las reconciliaciones, todas las palabras de amor que había dejado de decirle y que ya no le diría jamás.

∞

Por las cumbres más altas del monte Ida asomaba ya la estrella mañanera trayendo el día. Cuando regresó al campamento, Eneas se encontró, asombrado, con que habían acudido al templo de Deméter troyanos fugitivos en gran número, madres,



Eneas vio la imagen de Creúsa, que emergía del fuego que devoraba las caballerizas.

esposos, niños. De todas partes se habían congregado atraídos por la noticia de que Eneas, uno de los grandes jefes del buen Príamo, su propio yerno, seguía vivo y los guiaría en aquellos momentos de tribulación. Sin embargo, al llegar, el héroe ignoró sus miradas, las llamadas que le hacían, y buscó a su padre y a su hijo entre la multitud. En cuanto los encontró, se fundió con ellos en un amoroso y prolongado abrazo, que estremeció y también infundió ánimos a los demás troyanos.

—Los griegos celebran su triunfo y se reparten el botín que han conseguido, tan esplendoroso, tan inmenso que los tendrá muy ocupados. No descenderán tan al sur ni se internarán tan al este porque ya no tienen motivo. Querrán regresar cuanto antes a sus hogares que diez años hace ya que dejaron atrás. Sin embargo, nada queda aquí para nosotros más que ruina y desolación.

Anquises asintió y posó su mano en el hombro de su hijo:

—Nos fuerzan las señales de los dioses a ir en busca de lugares de destierro en comarcas distantes. La primavera es inminente. Preparemos las naves para partir y esperemos que no tarden nuevos presagios en conducirnos apaciblemente a nuestro destino.

Eneas suspiró. Se aprestaban para una travesía larga y tortuosa en pos del reino que, según la sombra que había sido Creúsa, los dioses le habían asignado. Considerando sabiamente que su gente necesitaba con urgencia escuchar palabras que infundieran coraje, se subió a un peñasco para hablarles. Reunidos por centenares, los troyanos se agolparon a su alrededor, mirándolo con ojos desesperados, pero también anhelantes.

—Amigos, el sufrimiento que nos aflige es inenarrable —clamó Eneas, fijándose en todos y cada uno de ellos, traspasándoles su fuerza su tenacidad—. Nuestra amada ciudad, la soberbia Troya, alza desde el suelo espiras de humo y se baña en la sangre de los nuestros, sin merecerlo. Sin embargo, los mismos moradores celestes que han dado en arrumbar el poderío y la nación de Príamo nos han concedido también la oportunidad de una nueva vida. Ante nosotros se extiende el anchuroso mar, cuyas aguas bañan costas ricas y hermosas. Partamos en busca de una nueva tierra donde habitar en paz y construir un reino renovado, una segunda Troya. Por nosotros y nuestros hijos. ¡Por Troya!

Un grito unánime se elevó por encima de los presentes e hizo vibrar el aire:

—¡Por Troya!

Después de un buen descanso para recuperar las fuerzas y los ánimos, los troyanos abandonaron el campamento sin mirar atrás, convencidos de que su porvenir estaba irremisiblemente lejos de la ciudad que los había visto nacer. Desde las montañas, entre tupidos bosques de abetos y pinos, descendieron con discreción en dirección sur, hasta al resguardado puerto de Antandro, que estaba protegido de las incursiones enemigas por la isla de Lesbos. Allí, hombres y mujeres trabajaron sin descanso día y noche, por turnos, constantemente impelidos por el vigor de Eneas, en la construcción de la flotilla que los llevaría al destierro. Pronto saldrían al mar y su suerte estaría echada.

2

Eneas en el mar

Había despuntado ya el verano cuando el venerable Anquises, a quien todos respetaban, ordenó izar las velas de las veinte naves que tenían ya aparejadas. Siguiendo su consejo, pusieron rumbo a las tierras de Tracia, donde había reinado en otro tiempo el brioso Licurgo en amigable unión con Troya. Aunque jamás habían sido los troyanos marinos avezados, comprendían que tenían que navegar alejados de las islas donde los griegos todavía podían tener presencia —Ténedos, Imbros...—, para lo cual dieron un rodeo hasta más allá de Lemnos, donde finalmente viraron el timón hacia el norte.

Soplaban vientos australes que henchían las velas, de modo que, al mediar la tarde, Eneas, en el bajel que iba en cabeza, vio pasar en silencio la montaña Luna, en la pequeña Samotracia. No tardaron luego en vislumbrar la cinta de la costa continental desvaída entre la bruma, una tierra de acantilados rosados y playas de piedras. Coronando el promontorio más

elevado, se perfilaba un imponente templo de mármoles blancos. Caía la noche y las aguas se oscurecían.

Dieron cobijo a sus naves en una ensenada. Una vez en tierra, frente a los barcos varados, Eneas envió exploradores para determinar con precisión dónde se encontraban, a qué caudillos tenía que presentar su respeto, a qué distancia estaba el palacio del rey. Entretanto, él se dirigió sin demora al templo para dar, antes que nada, las gracias a su madre, la divina Afrodita, por haber protegido la navegación que tanto les inquietaba. Dejó a los suyos en la playa, admirando aquellas tierras que se les antojaban, después de las durísimas jornadas que habían vivido, un verdadero paraíso. Ya planeaban muchos de ellos el asentamiento que levantarían allí y observaban los contornos imaginando en ellos los muros de la nueva ciudad.

De camino a la cima del montículo donde se hallaba el templo, Eneas atravesó un bosquecillo y, sintiéndose sediento, se detuvo para beber en una fuente que fluía a los pies de un mirto, cuyo espeso ramaje le daba sombra. Al descubrir un lugar tan agradable, se sentó un momento para recuperar el resuello. Las ramas del arbusto eran abundantes en hojas y flores, observó, y con ellas podría trenzar una corona de ofrenda a la diosa Afrodita. Con esa idea, arrancó un par de ramas. Sin embargo, sucedió que, en lugar de savia, de los brotes tronchados manó un líquido espeso, sanguinolento y maloliente, que le manchó las manos y las ropas. El mirto sangraba, herido por su mano, mientras una brisa lo zarandeaba de manera que parecía gemir y agitarse dolorosamente, como el cuerpo de un hombre. Repugnado, Eneas lanzó las ramas lejos de sí y se apresuró a lavarse en la fuente. El agua acumulada a sus pies se tiñó enseguida de un rojo ardiente y en su superficie, semejante a un claro cristal, se reflejó la imagen de un rostro en el que Eneas reconoció atónito a Polidoro, uno de los hijos de Príamo, que le devolvía una mirada desdichada. El malogrado rey lo había enviado a criarse junto al rey de Tracia cuando vio que se estrechaba el cerco a la ciudad. Si Polidoro estaba muerto y de tal modo había sido maldito, a buen seguro que los tracios habían traicionado la palabra dada y habían seguido el partido de Agamenón al ver que las armas de los griegos eran las victoriosas.

Eneas volvió angustiado a las embarcaciones. Estaban en tierra enemiga, donde ni siquiera los dioses les eran propicios.

◇◇◇

No todos habían sido capaces de entender la decisión de volver a embarcarse que, en reunión con Eneas y Anquises, habían tomado los jefes de cada nave. Y nadie impidió que se quedaran en Tracia aquellos troyanos que así lo decidieran, quienes, para honrar al hombre que los había guiado en la desesperación, prometieron que a la ciudad que fundaran la llamarían Enéadas. Fueron la gran mayoría, sin embargo, los que siguieron, confiados, a su caudillo. Por ahora, dijeron estos, el mar sería su patria.

Pusieron rumbo al sur, a la isla de Delos, donde reinaba Anio, un amigo personal de Anquises que era al mismo tiempo rey y sacerdote de Apolo. A través de él, adujo el anciano, tal vez el dios que conocía cómo se entrañaban los hilos del destino les arrojaría luz sobre la naturaleza de la tierra que les aguardaba. Sabían que era una larga travesía y no por ello se acobardaron. Ahora bien, al caer la noche en mitad del mar Egeo, hubo algunos que murmuraron malas palabras,

recogiéndose bajo cubierta, pues se sentían agotados y hambrientos. El mar curtía las maneras de Eneas, que departía únicamente con su padre y Palinuro, el piloto de su nave.

Al amanecer, el sol hizo aún más penosa la navegación. Las mujeres y los niños habían ido perdiendo las fuerzas y los mayores, como el mismo Anquises, resistían mal los quebrantos del viaje. Eneas vio que la moral decaía en aquel viaje sin escalas, sin embargo, no era posible detenerse en ninguna parte. Los griegos eran señores de aquellas aguas y aquellas islas.

Finalmente, atravesando el angosto pasillo que mediaba entre Tenos y Míconos, avistaron el contorno de la pequeña Delos, la isla que había visto nacer a los gemelos Apolo y Ártemis. Su capital se perfilaba tras una rada natural de aguas claras, en uno de cuyos extremos estaba la acrópolis, con el palacio del rey, y en el otro el templo de Apolo, erigidos sobre los cantiles con rocas que se fundían con el paisaje.

El propio Anio descendió a los muelles para recibir a sus visitantes, a quienes sus vigías habían identificado como troyanos desde la atalaya que era su ciudadela. Cuando vio arribar los barcos, quedó terriblemente afligido al reconocer en los brazos de Eneas a Anquises, que llegaba muy débil.

El rey dispuso que una parte del palacio acogiera a los desterrados y que se asistiera de inmediato a los más frágiles de entre ellos. Anio era un prodigio de longevidad, en gran parte por los cuidados que recibía de un séquito de expertos en remedios naturales. La isla era pródiga en alimentos y plantas medicinales. En cuanto Anquises recuperó las fuerzas, rogó a su amigo que oficiara para él en el templo de Apolo.

Construido con mármoles de Paros, el templo estaba rodeado por una gran columnata, en la que los juegos solares

alimentaban la ilusión de movimiento. Con las sienes ceñidas de laurel sagrado, Anio condujo a Anquises y su noble hijo hasta la entrada, donde estos mostraron su respeto ante el dios. Allí mismo, el monarca mezcló ramas y hojas secas de laurel dorado con ungüentos secretos, que después quemó sobre un trípode. En cuanto se extinguió el fuego, ungió a los dos hombres con los restos de las cenizas y luego las esparció por el aire. Anquises cerró los ojos y exclamó:

—Dios arquero, dale a nuestra fatiga albergue donde nuestra descendencia pueda vivir para siempre. ¿Adónde nos mandas ir? ¡Danos, Apolo, tu presciencia!

Acababa de hablar cuando todo el edificio pareció estremecerse. El trípode cayó al suelo, volcando brasas y ceniza. Sumisos, los troyanos se postraron en tierra. Una voz resonó en el interior de sus cabezas:

«Sufridos peregrinos de Troya, la primera tierra que vio brotar la estirpe de vuestros ascendientes será la que os acoja en su fecundo seno, porque vuestro viaje no es una ida sino una vuelta. Regresad a vuestra antigua madre.»

Cuando se detuvieron los temblores, Eneas y Anquises se miraron con ojos brillantes. Sí, habían oído las mismas palabras, el dios les indicaba el camino.

—¿Adónde manda Apolo a los desdichados que van sin rumbo? —les preguntó Anio.

Eneas se confesó desconcertado ante el enigma. Sin embargo, Anquises recordaba los relatos que había oído desde niño a los varones de edad y creyó haberlo desentrañado.

—Al sur de aquí, en medio de los mares, se extiende Creta, la isla que escondió a Zeus omnipotente de la ira de su padre, el cruel Crono. Allí se alza el monte Ida, el primero

de ese nombre. Es en su recuerdo que nuestra montaña de la Troáde lleva el suyo. Si recuerdo bien lo oído a mis mayores, en ese monte tiene su cuna nuestra raza. Desde allí nuestro más remoto antepasado, Teucro, arribó a la tierra que algún día fue Troya en busca de un lugar para su reino.

—Creta se encuentra apenas a una jornada de viaje, pero allí está el reino de Cnosos, que es aliado de Micenas —adujo Eneas, preocupado.

Anio intervino, cogiéndolo del brazo:

—El rey Idomeneo, nieto del poderoso Minos, ha sido desterrado de Cnosos por los suyos, quienes lo acusan de un crimen nefando que ha perpetrado a la vuelta de la guerra. La costa de Creta está desierta, libre de enemigos.

A los pies de la colina los aguardaba una multitud de troyanos en silencio, con los rostros emblanquecidos por el miedo. Habían sentido el temblor de la montaña y temían que el mensaje del esplendente Apolo no les fuera propicio. Cuando llegaron frente a ellos, uno de los jefes se adelantó con el corazón en un puño. El venerable Anquises le puso la mano sobre el hombro con dulzura y tomó la palabra:

—Ánimo, amigos, pues la voluntad divina nos traza el camino. ¡Pongamos rumbo a Creta, a la tierra de los antepasados! ¡No dista largo trecho!

Al escucharlo, estalló un gozo impetuoso en el tumulto de exiliados. Al fin habían encontrado una patria.

◇◇◇

Con sus recortadas costas batidas por la espuma y sus llanuras fragmentadas por macizos de elevados picos, Creta resplandecía en el extremo sur del mar Egeo. Un recinto

amurallado, todavía en construcción en algunas secciones, recogía las primeras edificaciones del asentamiento troyano, apenas chozas de madera que los moradores iban sustituyendo con el tiempo por ladrillos de barro y por piedra.

A aquella ciudad Eneas la había llamado Pérgamo. El héroe se afanaba por sus calles para ayudar en las construcciones que por todas partes se elevaban y también en las tierras de labranza, que daban sus primeras cosechas. Los habitantes de aquella nueva Troya lo saludaban ufanos al verlo pasar y él los exhortaba a amar sus hogares y a respetar las nuevas leyes, dadas por el consejo de los mayores, presidido por Anquises.

A su llegada no habían hallado toda la isla desocupada, como decían los rumores, sin embargo, los lugareños no fueron belicosos. La civilización de aquellas gentes había sido antaño señora de los mares circundantes, pero luego había declinado precisamente por motivo del auge de los griegos. A ellos les atribuían su desgracia, convencidos de que el exceso que había cometido el rey Idomeneo a la vuelta de Troya —el asesinato de su propio hijo— era la causa de la sequía que asolaba las tierras del sur y del oeste, no tan húmedas como el resto porque el sol las castigaba sin piedad y estaban a sotavento de las beatíficas brisas de poniente.

Como estaban convencidos de que aquella era la tierra prometida, al principio los troyanos no se preocuparon de los aires pestilentes que los cambios de viento traían de aquellas regiones. Se habían entregado con entusiasmo al gran emprendimiento de retomar la vida que habían perdido sin parar mientes en que la miseria, el abatimiento de los demás pueblos de la isla se debía a aquella plaga que les causaba lastimosa mortandad.

Ignorando quizá deliberadamente aquellas señales, los exiliados habían escogido abandonarse al consuelo de creerse a salvo, a la alegría que tanto necesitaban. Tras varios meses viviendo en una cabaña, Eneas marcaba ya la tierra en lo alto de un promontorio para levantar allí una casa fortificada, alrededor de la cual planeaba extender una esplendorosa ciudadela. Estaba en ello una mañana cuando fueron a buscarlo apresuradamente un grupo de campesinos. Al oír lo que habían venido a decirle, corrió tras ellos.

En las granjas, los bueyes que habían ido comprando a los lugareños se desplomaban lanzando espumarajos por la boca y morían en cuestión de horas. Comenzaban ya a hacer irrespirable el aire los primeros de ellos, que habían muerto durante la noche. El sol inclemente pudría la carne con rapidez.

Un inquietante silencio envolvió la nueva villa. Se detuvieron los golpes de martillo, el ruido de las sierras. La gente se recogió en sus casas. El calor era más intenso y repugnantes nubes de moscas zumbaban por doquier.

Las fiebres atacaron primero a los ancianos y a los niños. Los gritos desgarrados de padres e hijos resonaron aquella noche por encima de las casas. Durante varios días, la plaga arrasó a los animales y se extendió entre los hombres, que a duras penas podían mover el cuerpo enfermo. Se agostaban los sembrados, la mies infectada negaba el sustento, entregaban los troyanos desterrados la dulce vida para volar al reino de las sombras.

Los jefes se reunieron para deliberar, puesto que a todos parecía claro que no era aquella la ribera que los dioses habían dispuesto para ellos. Anquises estaba devastado. ¿Había interpretado incorrectamente el oráculo de Delos? Un peso le oprimía el pecho y callaba, ausente de las conversaciones.

Como, a pesar de mucho discurrir, no llegaban a ninguna conclusión, Eneas le rogó que hablara:

—No escondas lo que te aflige, padre, pues por ello podríamos salvar la vida.

Anquises suspiró y al fin alzó la mirada acuosa de hombre de edad, una mirada atormentada por la culpa.

—Pensé que Apolo se refería a Teucro cuando hablaba de nuestro antepasado, pero ahora veo que erré. Quizás hablara de Dárdano, porque él fundó Dardania, la ciudad de nuestra familia. Es posible que el dios se dirigiera solo a ti y a mí, hijo, no a todos los troyanos. —Un murmullo recorrió la reunión. Eneas intentó acallarlo, mientras su padre tomaba aliento para continuar su explicación—: Hay un lugar al que los griegos llaman Hesperia, la tierra del oeste, una tierra antigua y fértil. La habitaron los enotrios, pero es fama que ahora sus descendientes la llaman Italia por el nombre de su jefe. De allí procedía Dárdano.

Un mutismo de muerte cayó sobre la reunión. ¿Debían volver a echarse al mar guiados solo por recuerdos y especulaciones? Fue Eneas quien rompió el atribulado silencio:

—¿Qué nos queda aquí sino una muerte horrible? Abandonemos este lugar de dolor y tomemos mejor rumbo.

Asintieron todos a aquellas palabras con pesadumbre, pues sabían que, por desgracia, Eneas estaba en lo cierto. Y aun así, no sería una decisión sencilla de explicar a los mortificados troyanos que se escondían en sus casas.

◇◇◇

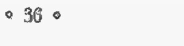
Zarparon tan solo dos días después, sin llevarse gran cosa por temor a transportar consigo la peste. Unos cuantos, los más

hastiados de la errante aventura, prefirieron correr el riesgo de quedarse antes que sufrir de nuevo las penalidades del mar. Salieron a despedir a los viajeros desde las arenas calientes de las playas del norte, arrasados por las lágrimas unos y otros, porque cada uno imaginaba pronto muerto al otro.

Cada vez más menguada, la flotilla puso vela hacia poniente, procurando mantener en la distancia las costas del Peloponeso. Antes del mediodía vieron que el azul turquesa del mar Egeo se iba tiñendo con el verde del Jónico. Con el cambio de aguas, también cambió el tiempo. El límpido cielo se fue enturbiando de húmeda oscuridad. Viraron hacia el norte. La tierra a la que llamaban Hesperia se extendía al otro lado del Jónico, pero no se atrevían a atravesar el mar por la parte más ancha. Hacia el norte, el extremo oriental de aquellas regiones se acercaba a las islas más occidentales de los griegos. Allí estaba el paso más estrecho. Sin embargo, la preocupación recorría los barcos, porque en aquella ruta se encontraba el reino de uno de sus peores enemigos, Ulises de Ítaca.

Se iba erizando el mar de terribles sombras. En el horizonte, el firmamento explotaba en haces de relámpagos. Los vientos iban rodando sobre el agua y levantaban un oleaje imponente. Tiniebla y agua estallaron a la vez sobre las cóncavas quillas.

Durante toda la noche fueron zarandeados aquí y allá, sacudidos por las olas, sin que el piloto de ninguna nave acertara a distinguir el cielo del mar ni a encontrar la ruta por entre el oleaje. En ciega oscuridad, a tientas, vagaron durante horas de desesperación y terror. Así fue hasta el amanecer, cuando amainaron los vientos. Tripulantes y pasajeros yacían aquí y allá, algunos en cubierta, otros abajo, exhaustos, doloridos, hambrientos. El aviso de un centinela recorrió las naves una



a una: a lo lejos se abultaban los montes de dos discretas islas hermanas. Eneas ordenó hacer descender las velas. Combados en los remos, con los brazos quebrantados, la piel lacerada por el viento y el agua gélida, bogaron los troyanos rizando el agua con espuma para ganar aquellas costas salvíficas.

Buscando un fondeadero protegido, avistaron un llano donde se esparcían manadas de lustrosos toros y ganado cabrío sin guardián alguno. Al punto llevaron las naves a la playa y saltaron a tierra para lanzarse sobre los animales hierro en mano. Felices, regresaron de la cacería invocando a los dioses y ofreciendo a Zeus la parte debida de las presas. Entonces prepararon un rico festín en la corva ribera.

Estando en ello, repartidos por la playa, oyeron chillidos espantosos que venían del bosque. Mirando hacia el interior, vieron que los árboles movían sus copas y que crujían sus ramas. Los pocos cabritos que habían dejado vivos pareció que enloquecían, saltando, sacudiéndose, intentando huir despavoridos por cualquier medio. De súbito, aparecieron en el aire lo que asemejaban tres aves carroñeras, que, sin embargo, al acercarse se vio que eran criaturas monstruosas que tenían cuerpo de pájaro y un horrendo rostro de mujer.

—¡Las harpías! —exclamó Anquises nada más verlas.

Batiendo sus alas con un golpeteo ensordecedor, las bestias se abatieron sobre ellos para arrebatarles los manjares y depusieron hediondas inmundicias para mancillar a quienes no lograban herir con sus afiladas garras. Eneas empuñó la lanza:

—¡Tomad las armas!

Arremetieron los troyanos contra el inmundo tropel en un insólito combate en el que cimbreaban el hierro hacia las alturas sin éxito alguno. Elevándose en raudo vuelo, las

harpías describieron círculos por encima de ellos, vaciando sus vientres impuros. Quedó solo una de ellas, posada en lo alto de una peña que dominaba la playa.

—En pago de los toros que habéis degollado y las cabras que habéis abatido, ¿queréis también hacernos la guerra? ¿Habéis venido a arrojarnos de nuestro reino, desterrados?

Todos se estremecieron al oír la voz de aquella criatura y descubrir que de ella eran conocidos. Los guerreros recularon y corrieron al refugio de los barcos. Solo Eneas se mantuvo firme para seguir escuchando.

—Pues cuidad de grabar en la mente estas palabras, que me ha revelado el mismo Apolo: no conseguiréis amurallar la ciudad prometida antes de pasar un hambre tan cruel, por la ofensa que nos habéis causado, que os obligue a devorar vuestras propias mesas —añadió el monstruo, y, batiendo de nuevo las alas, volvió a atacar, junto a sus compañeras.

El pavor cuajó la sangre de los troyanos y ninguno quiso ya acudir a las armas, sino que todos empujaron los navíos al mar y saltaron a bordo. Huyeron sin provisiones, y sin haber logrado descanso para sus huesos doloridos.

∞∞

El sol estaba en lo más alto cuando dejaron a babor las frondosas arboledas de la isla de Zacinto, temiendo a cada instante ser vistos porque esta era tributaria del rey Ulises. No mucho más tarde pasaron entre los rompientes de Same y la mismísima Ítaca. Jamás hubieran osado acercarse a la tierra que crio al griego de los mil engaños de no ser por el agotamiento y la desesperación. Según el piloto, las aguas eran bravas al otro lado de las islas y los vientos los empujarían a las costas que



Las bestias rapaces se abatieron con sus afiladas garras sobre los troyanos.

querían evitar. Hambrientos, ateridos de frío, estremecidos por el terror, las mujeres, los niños y los ancianos se apretaban unos contra otros bajo cubierta, hasta que las naves dejaron atrás los picos nebulosos del monte de Léucade. Solo entonces Eneas respiró aliviado, pues habían pasado las más peligrosas regiones que estaban en poder de los griegos, sin embargo, veía a los suyos terriblemente quebrantados.

Huía la luz y se ensombrecían las aguas cuando, detrás de la última gran isla, avistaron el promontorio de Ceraunio, desde donde era más corto el paso al otro lado a través de las olas. A proa el ancla, las popas fijas en la orilla, hicieron noche en una serena rada. Allí pudieron hacer aguada e ir en busca de algunas presas, aunque fueron insuficientes, pues eran muchas las bocas que alimentar y no querían alejarse de los barcos.

Volvieron al mar con las primeras luces, recuperadas las fuerzas solo precariamente, y navegaron en dirección oeste bajo un cielo plácido. Tan breve era el trecho en esa parte que apenas desaparecía la tierra a su espalda cuando vieron ya alzarse delante unos grises collados sobre la línea de la costa.

—¡Hesperia! —gritaron los troyanos, saludándola gozosos.

Anquises pidió ayuda para llegar a la proa, pues el frío y la humedad le afectaban a los miembros y le costaba caminar. Pronto apareció un puerto al alcance, a cuyo lado, situado en lo alto de un peñasco, se veía un templo de la sabia Atenea. El silencio cayó sobre los barcos como un manto, apagando todo entusiasmo. La diosa había sido protectora de los griegos en la guerra. Por prudencia, Eneas ordenó girar hacia el sur para reseguir la costa. Un saliente de rocas rizadas ocultó enseguida el puerto y, con ello, vieron desvanecerse los troyanos la esperanza del pronto desembarco. Escudriñando la

costa desde la borda, atisbaron el primer augurio de la nueva tierra: cuatro caballos blancos como la nieve paciendo en un llano. Anquises frunció el ceño, intranquilo:

—Guerra es lo que presagias, tierra prometida. Para la guerra se arman los corceles.

—Pero también acostumbran a ir uncidos al carro y a soportar a un tiempo freno y yugo —contestó su hijo a su lado—. También presagian paz.

Buscando devolver a los suyos el ánimo, Eneas pidió que invocaran el sagrado poder de Atenea, para que fuera ella la primera que acogiera sus gritos de alegría. Tal haciendo, comenzaron a soplar brisas propicias y los barcos hincharon los paños rumbo al sur. Muchos se sintieron aliviados pensando que la propia diosa los alejaba de tierras sospechosas.

Ahora bien, aquel circunstancial consuelo fue agostándose como la hierba bajo el sol del estío a medida que el viaje se alargaba sin que los jefes dieran muestra de ordenar bajar a tierra. Por todas partes se alzaban fortines y ondeaban en el aire espiras de humo. Los hombres hablaban por lo bajo: no habían llegado hasta allí para perecer en playas extranjeras. ¿Era aquella la tierra acogedora que les sería concedida?

Después de largas horas, se interrumpió la costa, para luego continuar más allá de un estrecho de aguas tumultuosas y vientos acelerados. Llegó desde lejos el gemido pavoroso del mar y sus embates en las rocas, y su estruendo a lo largo de la orilla.

—De seguro que en ese estrecho se encuentra el monstruo al que llaman Caribdis, frente al cual habita otro de nombre Escila, según cuentan los antiguos —dijo Anquises—. No es posible continuar por aquí.

Eneas ordenó sentarse en los bancos. Compitieron los remeros en azotar las olas, mientras el piloto desviaba hacia la izquierda la crujiente proa, de modo que toda la flota enfiló en esa dirección a viento y remo para evitar los escollos. La angustia y el esfuerzo de sus brazos contra el mar furibundo, al mismo tiempo que el viento y el sol, los dejaron fatigados, y no fueron pocos los que, cuando vieron que habían sorteado el peligro, se tendieron en cubierta para reponer sus cuerpos.

Las aguas cambiaron el amable azul verdoso por agresivas vetas cobrizas, y se fue tornando del color del vino. Surgiendo de las olas, columbraron un monte que retumbaba con horrendo derrumbe. Lanzaba nubes negras saturadas de candentes pavesas, borboteaba cuajarones de llamas que lamían el cielo. Estallando súbitamente, arrojó por los aires sus entrañas desgajadas en forma de rocas derretidas. Los troyanos sintieron un profundo pavor. Si el viaje tenía que llevarlos a la boca de los infiernos, hubieran preferido llegar por el camino corto.

El aire era cada vez más denso y traía cenizas ardientes, sin embargo, en lugar de detener las embarcaciones o volver atrás, Eneas mandó que bogaran de nuevo, pues existía el peligro de que ardieran las velas. Pasando frente al monte que escupía la sangre al rojo de la tierra, los exhaustos remeros rezongaban y los niños sollozaban encogidos en brazos de sus madres, que intercambiaban miradas ceñudas.

Pronto se vio que había sido una decisión acertada, puesto que, superada la maraña de nubes humeantes, las naves salieron de nuevo a unas aguas azules, recorridas por playas de arenas blancas. Era un lugar de una belleza extraordinaria, pero tampoco allí quiso Eneas que bajaran, porque la tierra

parecía estremecerse desacompasadamente, como si alguien estuviera meciéndola a su antojo desde las profundidades.

El calor apretó durante otra jornada entera de navegación desesperante. Los jefes mandaban señales preocupadas al barco que iba en cabeza, pero Eneas seguía sin querer arriesgarse a poner pie en tierra. El agua que les quedaba se reservaba para niños y ancianos, aunque también a ellos les iba faltando. Echado a popa, Anquises no se movía y hablaba poco. «El país de los cíclopes», murmuraba escasamente a oídos de su hijo, queriendo indicar que se mantuviera firme, que no era prudente desembarcar todavía: «el norte siempre, busca el norte». Eneas lo observaba con el corazón encogido y asentía en silencio, combatiendo la expresión de angustia de su rostro para ocultársela a su padre. Le parecía más claro a cada momento que Anquises no vería nunca la tierra prometida.

Cada vez comprendían menos los troyanos la testarudez de su jefe. Llegaron a rodear aquella isla inmensa y a volver a enfilar el norte. Eneas aseguraba que de ese modo alcanzarían de nuevo las costas de Hesperia por su otro lado, sin embargo, los troyanos exiliados se preguntaban entre ellos con rencor velado: «¿hallaremos nuevamente regiones ocupadas por hombres belicosos?»

El sol se hundía otra vez y en los barcos se temía por la vida de los más débiles. Con la cabeza recostada en el regazo de su hijo, Anquises no era ya capaz de articular palabra ni de ver el rostro desencajado de Eneas delante de él. Ya no se cuchicheaban a bordo reconvenciones hacia ellos, porque todos comprendían lo que estaba por suceder en aquel navío. Hacía horas que ya tampoco continuaba el

héroe escudriñando el horizonte, sino que había dejado el gobierno de la nave en manos del piloto y la vigilancia a la experiencia del vigía.

Fue este quien dio la alerta, un aviso que se oyó en toda la cubierta y saltó rápidamente entre los barcos, pues todos los centinelas veían también lo mismo: los últimos rayos del sol flameaban, dorados, sobre los mármoles blancos de un templo dedicado al deslumbrante Apolo, protector de los troyanos. Las teas que ardían sobre un promontorio anunciaron la llegada a un puerto de aspecto apacible. Poco a poco se iba destacando detrás de él una ciudad cuyas construcciones recordaban en mucho a las de Troya. La alegría recorrió todos los barcos, salvo el que iba en cabeza.

Sin necesidad de que Eneas diera la orden la flota encaró la bocana del puerto y se produjo el desembarco. Pero el héroe no miraba, sino que se aferraba a su padre, apretándolo como si pudiera con ello devolverle las fuerzas. Despertando por un momento de su desmayo, Anquises entreabrió los ojos y puso la mano temblorosa en la mejilla de su hijo:

—Sigue adelante, hasta Italia.

Después de haber pronunciado estas palabras postreras, el último hálito de vida salió de su boca para volar a las mansiones de Hades. Así perdía Eneas el consuelo de todos sus infortunios; así quedaba solo en sus fatigas, arrancado de sí el mejor de los compañeros. Ninguna profecía, ningún adivino le habían predicho esta desgracia. Perdida su patria, su esposa y su padre, ya solo le quedaba su hijo Ascanio y los hados dispuestos por el cielo. El héroe abrazó el cuerpo desmadejado del hombre que le había dado existencia y, besándolo en la frente, se dejó llevar en silencio por el llanto.

3



Diosas en lid

Despuntaban las verdes viñas junto al mar y los campos de trigo a punto para la siega en los llanos, pastaban las vacas sobre las lomas doradas de los acantilados, se mecían los buques varados en el interior de la herradura que formaba el puerto de Drépano, la hermosa tierra donde reinaba un soberano magnánimo, Acestes, de madre troyana. Maduro de edad, el rey tenía muy presente en su memoria el parentesco que lo unía a los exiliados, por ello los había acogido paternalmente y había mandado reconfortar sus fatigados cuerpos con socorros amigos. A los nueve días de entregar los restos de Anquises al fuego, marchó junto a Eneas al frente de la hueste troyana llevando ofrendas al túmulo que acogía sus cenizas en las laderas tostadas del Érix. Allí se había decidido que reposaran, porque en aquella misma tierra estaba enterrado asimismo quien le daba nombre al monte, que era hijo de Afrodita.

Se dispusieron las ofrendas en un altar: tazas y pulidas copas con vino, con leche fresca y con sangre sagrada; la parte debida de dos ovejas, dos lechones y dos novillos de atezado lomo. Hecho esto, Eneas se volvió hacia la multitud y dijo:

—Nobles hijos de Dárdano, nacidos de una raza egregia, guardad todos silencio y ceñid de follaje vuestras sienes. —Se cubrió Eneas la frente con el mirto de su madre. Hizo Acestes lo mismo, y, a su lado, lo siguió el niño Ascanio y después todos los troyanos. Luego el héroe fue derramando sobre el suelo la libación prescrita—. No se me ha concedido, padre, ir en tu compañía en busca de las campiñas que los dioses me reservan. Es designio del cielo que permanezcas aquí.

Apenas dijo estas palabras cuando la tierra se removió y de lo hondo de la tumba emergió siseando una serpiente viscosa. Un murmullo de asombro recorrió a los congregados mientras, sosegadamente, el reptil se deslizaba hasta el altar para gustar de los manjares que allí había. Eneas la observó fascinado: esmaltaban su dorso motas verdiazules y fulgían relumbres de oro en sus escamas. Volvió al interior de la tierra después de consumir las ofrendas. Eneas miró a Acestes con desconcierto: ¿los había visitado una potencia divina de aquel paraje o un espíritu servidor de su padre? ¿Era aquel un buen o un mal presagio? Sin saber qué pensar, renovó con más ardor los ritos comenzados como deber filial, en los que todos los troyanos lo siguieron, colmando el altar con nuevas ofrendas.

◇◇◇

A la llamada del rey Acestes, acudieron los pueblos vecinos formando alegres grupos, deseosos de ver a Eneas y a los suyos y dispuestos a tomar parte en los juegos que se harían en honor de Anquises. Reunidos en la ribera, pusieron a la vista en el centro de un ruedo los galardones de la victoria: sacros trípodes, verdes coronas, palmas, fulgentes armas, monedas… Solo entonces la trompeta anunció con su son el comienzo de las competiciones.

Se hizo primero una carrera de raudas naves y luego los más diestros corrieron a pie. También pudieron medirse quienes más confiaban en sus fuerzas para determinar quiénes eran los mejores en lanzar venablos y saetas voladoras y entablar combate con manoplas de cuero. Todos estos honores rituales eran observados por una figura invisible para los hombres situada al lado del túmulo mismo. Majestuosa y solemne en virtud de su porte nobilísimo y con el cabello recogido bajo la alta corona cilíndrica, la gran señora Hera, esposa del soberano celeste, no sentía saciados todavía sus antiguos rencores. Había tomado partido del lado de los griegos mucho antes de empezar la guerra, no podía ser de otro modo: el troyano Paris la había despreciado para escoger a Afrodita como la diosa más bella, y luego esta le había entregado a Helena como pago, cuando la hermosa mortal tenía ya marido, un crimen contra el matrimonio y la familia que Hera no concebía.

Con mil tretas había intentado desviar a Eneas del camino que lo llevaba al reino prometido, sin embargo, el héroe seguía recibiendo ayuda de Apolo y los demás eternos que le eran propicios. Observaba ahora sin perder detalle —a pesar de la inmensa distancia— a su hija, la mensajera Iris, que, por orden suya, descendía hacia Drépano. En el puerto, frente a las naves varadas, las mujeres troyanas se reunían entregadas al dolor, aparte del espectáculo de los juegos, que estaban re-

servados a los hombres. Lloraban por la pérdida de Anquises y de todos a los que se había llevado el inmenso mar.

—¡Qué cansancio y cuántas travesías por las olas nos quedan todavía! —se decían, entre lágrimas.

Hasta ellas llegó la enviada de la esposa celeste. Versada en amaños, Iris mudó su aspecto para transformarse en una anciana de rango, que había gozado de fama entre los troyanos. De esta traza, se agregó al grupo de matronas, reunidas alrededor de un gran fuego:

—¡Infortunadas de vosotras, a quienes no arrastraron unas manos griegas a la muerte al pie de las murallas de la patria! ¿Cuántos estíos corren ya desde que Troya fue destruida? Llevamos muchos mares recorridos, muchas estrellas inclementes perseguidas por el mar anchuroso, como juguetes de las olas, sin hallar rastro de esa tierra que huye de nosotros.— Las mujeres murmuraron en asentimiento, consternadas—. Sin embargo, ahora los nuestros nos acogen en estas fértiles regiones. ¿Quién nos prohíbe buscar un lugar para tender una muralla y dar una ciudad a nuestro pueblo? Busquemos Troya aquí. Aquí tenemos nuestra morada. —Sus palabras excitaban a la audiencia, donde todas las miradas estaban fijas en ella, con el corazón en un puño—. Es tiempo ya de obrar. No admiten dilación nuestros sufrimientos. —Se adelantó hasta el fuego, y, alzando un tizón bien alto, lanzó una hosca mirada a los barcos de la flota de Eneas—. ¡Venid, prended conmigo fuego a esas infaustas naves para que no puedan llevarnos de nuevo a la desgracia! —Apresurándose hacia los barcos, lanzó el tronco en llamas sobre una de ellas.

Al principio, las troyanas se quedaron estupefactas, sin saber decidirse entre su aprecio por aquella tierra y el reino al

que la voz de los hados las llamaba. Entonces la tea lanzada por Iris prendió las velas recogidas y, al alzarse el fuego destructor, el ánimo de las infortunadas mujeres se inflamó con él. La primera de ellas gritó, enojada, y arrebató otra tea al fuego. Muchas las siguieron, haciéndose con antorchas encendidas, que volaron luego hacia los barcos. El producto de su ardiente furia cabalgó a rienda suelta a lo largo de las filas de bancos, los remos y las popas de madera de abeto y roble. Luego se quedaron mirando la espesa humareda, fascinadas, hechizadas sus mentes por la visión de la indómita pujanza de las llamas.

El primero en llegar desde el terreno de los juegos fue el pequeño Ascanio, que llegó galopando a caballo, pues se encontraba participando en simulacros de guerra cuando vio girando por el aire la negra columna de pavesas:

—¿Qué locura nunca vista es la vuestra? ¿Qué pretendéis? —Solo algunas se volvieron hacia él, aunque no parecía que lo vieran. Se apeó él del caballo y arrojó al suelo el yelmo con el que se cubría—. Mirad, soy vuestro Ascanio. ¿No me reconocéis? No es el campamento hostil de los griegos lo que incendiáis. Estáis quemando vuestras propias esperanzas.

No tardaron en llegar Eneas y muchos de los suyos. Los rostros de las mujeres se fueron encendiendo, como si un velo se retirara de sus ojos y solo ahora vieran lo que habían hecho. Volvían a ser las que eran y de nuevo reconocían a los suyos. El influjo de los eternos había abandonado ya sus almas. Avergonzadas, muchas cayeron de rodillas sollozando y otras intentaron huir en todas direcciones, mientras los hombres se esforzaban en levantar por todos los medios torrentes de agua desde la playa mismo. Alertado por su hijo del extraño trance

en el que las había encontrado, pronto Eneas comprendió quién estaba detrás de lo sucedido.

◊◊◊

El troyano comprendió que, a pesar de haber sido víctimas de un ardid, muchos de los suyos estaban fatigados del mar. A quienes contaban con una edad más avanzada, a cuantos había ya sin fuerzas o no sentían ansia alguna de gloria, les concedió, pues, que tuvieran su descanso en aquellas tierras. Llevaría consigo a Italia la flor de sus troyanos, los de más valeroso corazón, pues parecía que tendría que domeñar allí, combatiendo, a pueblos rudos. Con el propósito de enaltecer al magnánimo rey, el nombre que llevó la nueva ciudad fue Acesta.

Trazó el linde de la urbe con el arado y sorteó el solar de cada casa entre quienes desearon quedarse. Al rey de Drépano le complacía la idea de albergar aquella ciudad de verdaderos troyanos en su reino. Él mismo emplazó el ágora, convocó al consejo y dictó las primeras leyes. En la cumbre del Érix decidió alzar a Afrodita un templo y asignó al túmulo de Anquises un sacerdote con un bosque sagrado entorno.

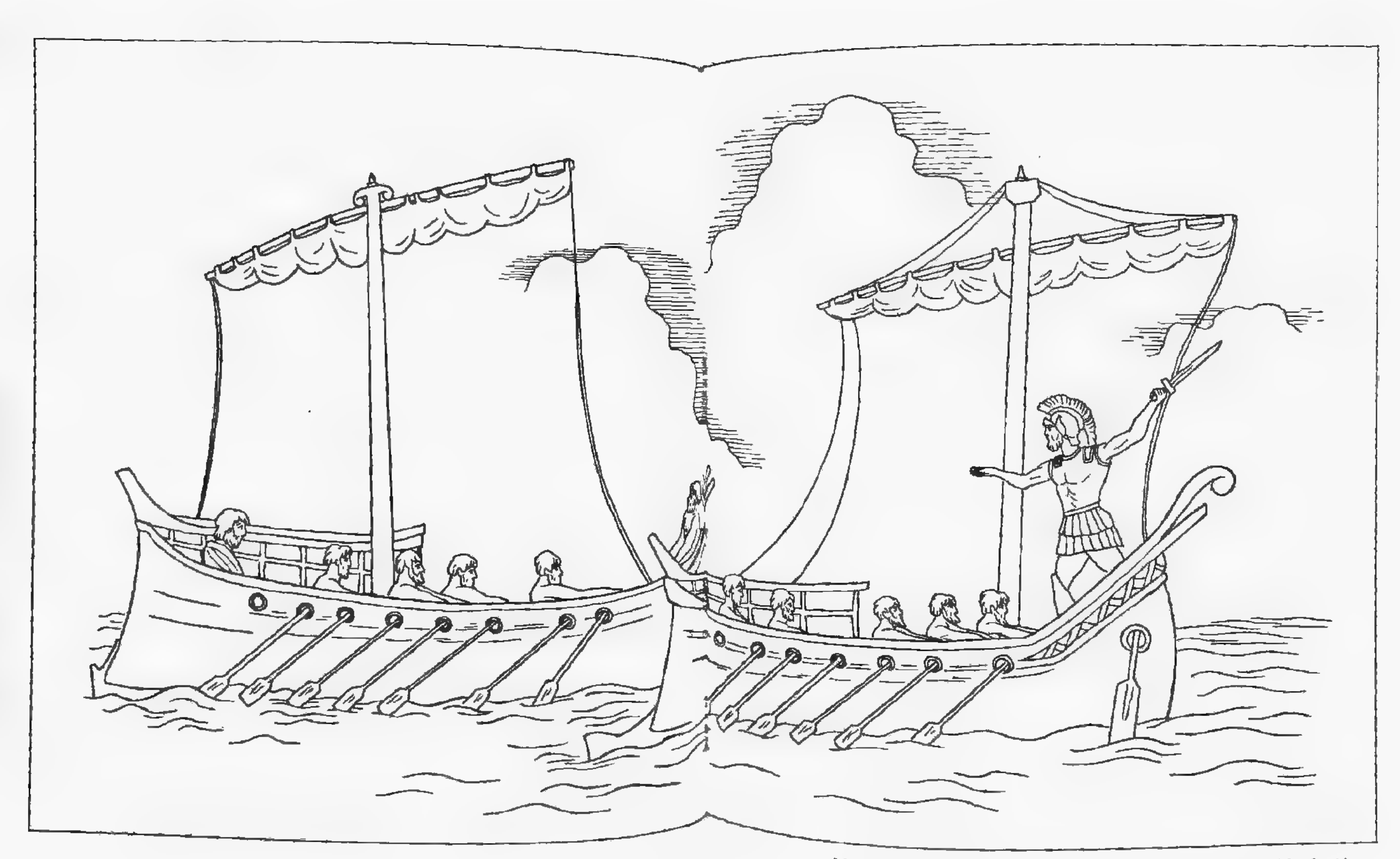
Tras varios días de banquetes para celebrar la fundación, una vez recompuestos los navíos, volvieron a bordo un número de troyanos contado, pero pujante en coraje. Habían ya rendido en los altares las ofrendas debidas. Los vientos tersaban plácidos la superficie de las olas. Aun así, la partida se demoró largamente entre mutuos abrazos, mientras un inmenso gemido se alzaba a lo largo de la orilla. Eneas intentaba consolarlos con palabras de afecto y, entre lágrimas, encomendaba a quienes se quedaban a su pariente Acestes. Finalmente, em-

barcaron con viento de popa, que los acompañó en su salida del puerto aliviando el esfuerzo de los remeros, con lo que a todos les pareció que aquella etapa del viaje —la última, anhelaban— estaba empezando con buen presagio. Luego viraron y la cinta estrecha de la costa fue haciéndose solo un recuerdo.

Habían oído decir a los más viejos de Drépano en voz baja, con aprensión, que las naves evitaban partir en esa dirección a mar abierto porque en aquel desierto de agua se escondía una sima que albergaba la antigua morada de los dioses. Nadie se había parado a escuchar seriamente aquellas historias, pero ahora, navegando en soledad y en silencio, sin divisar tierra ni embarcación alguna, parecía que el mar se había tragado todo atisbo de vida.

Al cabo de un rato los vientos cambiaron de dirección y empujaron la flota hacia poniente. Un color plomizo se fue adueñando del cielo y del agua. Las proas rompían con ímpetu contra las olas, como si las maderas chocaran cada vez con una pared rocosa y estuvieran a punto de quebrarse. El cielo fue cerniéndose sobre ellos como una enorme nube indistinta que parecía que quisiera aplastarlos. El agua saltaba sobre las cubiertas en ríos desbocados. El primer trueno partió la bóveda celeste y su relámpago relumbró conectando las nubes con el mar. Los hombres se miraron con el apremio de la muerte inminente en el rostro, diciéndose con la mirada que, a buen seguro, detrás de aquella súbita tempestad habría una mano divina.

Chirriaban los cascos, crujían las vergas, las lonas se rasgaban en pedazos. Unos barcos se veían colgados de la cresta de una ola, a otros el mar les abría a la vista el fondo entre



Navegando en silencio, parecía que el mar se había tragado todo atisbo de vida.

las montañas de agua. Se ladeaban las popas y brindaban los flancos al oleaje. Irremisiblemente, se iban desviando y desperdigándose y a cada cambio de ola una embarcación se perdía de vista tras la resaca. El navío de Eneas encabalgó un abrupto monte de agua y el héroe vio alzarse el mar hasta el cielo. Luego, al caer, creyó ver borbotear la furia del mar en la misma arena del lecho. A un lado, el último bajel que tenía a la vista se desplomó desde una cumbre de agua. Tres vueltas dio la nave, con el oleaje girando alrededor, y rápidamente la sepultó el voraz torbellino. Vio a náufragos nadando entre las olas. Aferrando a su hijo Ascanio entre los brazos, Eneas alzó la mirada a los cielos y rompió en gemidos:

—¡Dichosos tres veces aquellos que tuvieron la fortuna de caer bajo los altos muros de Troya y se salvaron de presenciar el sufrimiento de sus seres más queridos!

Una pared de agua se alzó junto a su navío y se le desplomó encima, arrebatándole sin piedad el cielo y el día, y volviéndolo todo una noche negra, irrespirable, mortal.

∞

A lo largo de las arenas claras de la playa, bajo un sol abrasador, se desperdigaban vigas de madera, restos de remos y jarcias, espléndidas armas cubiertas de limo y sargazos, los cuerpos de animales muertos y de hombres cuyas pieles rezumaban sal. Se alargaron sobre los náufragos las sombras de los jinetes que venían trotando desde más allá de las palmeras, hombres de tez oscura y barba cuidadosamente recortada, protegidos con petos de cuero blanco, cascos de alto penacho y escudos pintados de rojo. La patrulla, guiada por el viejo pescador de cara arrugada que había dado el aviso, descabalgó para acercarse a

uno de los marinos tendidos boca abajo. Agachándose junto a él, un jinete lo observó de cerca, le tocó la cara, los brazos, el torso. Luego se volvió hacia su jefe: aquel desdichado estaba vivo. Fueron en busca de los demás, uno por uno.

∞

Igual que las abejas que, al albor del estío, bullen de afán al sol, bregaban enardecidos los fenicios huidos de Tiro en la construcción de su nueva ciudad: unos tendían los muros y alzaban la ciudadela haciendo rodar a mano enormes piedras, otros elegían un lugar para su morada trazando en torno al espacio escogido un surco en la tierra; otros excavaban el puerto, echaban los cimientos del teatro y tallaban en la roca imponentes columnas. Por miles, las manos trabajaban al unísono para levantar Cartago sobre la arena libia.

Radiante de belleza lo mismo que una diosa, destacaba a su paso la reina Dido. Llevaba el cabello caoba recogido bajo la corona, una sucinta diadema de oro con un adorno floral. Avanzaba por las calles de firme pavimento rodeada de un tropel de jóvenes que le daban escolta. Amada por los suyos, todos los tirios la saludaban y ella alentaba ufana las obras y el esplendor futuro de su reino. Se encaminaba al centro mismo de la ciudad, donde había una arboleda de sombra exuberante en la cual se estaba alzando un templo a la esposa celeste, rico en dones y centelleante bajo el sol. De bronce era el umbral al que la escalinata conducía, de bronce el entramado de sus vigas, el bronce rechinaba en los quicios de las puertas. En el templo, bajo la misma bóveda, Dido tomó asiento en su alto solio. Allí daba órdenes y leyes a su pueblo, distribuía en partes iguales las tareas o dejaba a la suerte recibirlas.

La guardia se abrió paso entre el gentío de tirios para traer ante la soberana a los hombres que habían encontrado en la playa. Habían recibido agua y alimento, aunque seguían cansados y maltrechos. La reina fue informada por un fiel consejero de que afirmaban ser desgraciados troyanos que escapaban por uno y otro mar, convertidos en juguete de los vientos, y que solicitaban su favor. Los náufragos miraban, fascinados, las maravillas que los rodeaban. Pero ahora, al pie del espacioso templo, dedicado a la gran señora Hera, parecían temerosos. Cuando vieron las pinturas que adornaban los muros del edificio, no pudieron contener la emoción y exhalaron grandes gemidos desde lo hondo de su pecho. Allí se veían pintados en el orden debido los combates de la guerra de Troya, cuya fama llegaba ya a todo el orbe, luchas en que a veces huían los griegos y acosaban los troyanos y otras en que las tornas se invertían. Al descubrir las imágenes que mostraban la noche de la sangrienta caída, donde se representaba a las troyanas corriendo por las calles, suelta la cabellera, suplicantes, golpeándose el pecho con las manos por sus muertos, muchos de los náufragos prorrumpieron en llanto.

Cuando se les dio permiso para hablar en presencia de la reina, uno de ellos se adelantó con sereno ademán:

—Soberana admirable a quien Zeus ha otorgado fundar una ciudad regida por normas de justicia, no hemos venido a devastar a hierro vuestros hogares, pues no son de tanta arrogancia los vencidos. Existe una comarca que los griegos conocen con el nombre de Hesperia, pero que los suyos llaman Italia. Allá nos dirigíamos cuando el fiero embate de los vientos nos dispersó entre encrespadas olas. Pocos hemos logrado llegar a vuestras playas. ¿Por qué nos vemos apresados y arrastrados bajo la amenaza de las armas? ¿Qué pueblo tan salvaje tolera tales prácticas?

La reina Dido se alzó e inició su descenso por la escalinata, hasta detenerse a medio camino. Sus ojos grandes, su tez tostada, sus labios pequeños y rojizos, el aleteo suave de sus largas pestañas..., todo en ella movía al sosiego, a la fascinación, de manera que al oír su dulce voz los marinos se estremecieron de esperanza, confiados en que al fin cambiaría su infortunio.

—Librad vuestro ánimo de temores. Lo reciente de mi reino me obliga a defender con armas mis dilatados lindes. Pero ¿quién no conoce al noble pueblo de Eneas? ¡Ojalá que vuestro rey se presentase aquí en persona a favor del mismo viento! Enviaré unos fieles vigías para que exploren los confines de mi reino, por si anduviese errante por bosques y poblados.

Sus palabras aliviaron a los troyanos, que miraban con expresión anhelante a aquel que se había alzado para hablar a la reina. Parecía que sus ojos exigían que su portavoz se manifestara de un modo distinto, sin embargo, aquel continuaba intentando determinar las verdaderas intenciones de los tirios:

—¿Podemos confiar, reina espléndida, en que nos permitirás aprestar en tus bosques tablas y remos para volver al mar? ¿Nos concederás poner de nuevo rumbo a Italia?

—No somos los de esta ciudad gente obtusa. A mí también me afligió una fortuna parecida a la vuestra y al final esta tierra me ha dado acogida. Conociendo el dolor, he aprendido a socorrer al desgraciado. Os dejaré partir seguros al amparo de una escolta y os favoreceré con mis recursos.

Al oír estas palabras, el portavoz pareció convencido. ¿Qué necesidad tenía aquella reina de engañarlos ante toda su gente? De haber querido pasarlos a cuchillo, no hubiera hecho

falta ningún parlamento. Abandonó su actitud implorante y se irguió, mostrándose en su esplendor. Sus propios compañeros quedaron deslumbrados al verlo semejante a un dios en el rostro y en el porte, y muchos pensaron que era su divina madre quien le infundía gracia y nobleza, quien lo hacía relumbrar más intensamente, como el realce de belleza que da al marfil la mano pulidora. Al verlo de ese otro modo, el gesto de Dido cambió, mostrando un vislumbre de gozo en la mirada. Una autoridad imponente resonó en la voz del troyano:

—Has rescatado ya al mismo por el que preguntas. Tienes ante ti a Eneas el troyano. —Un murmullo de conmoción corrió entre los tirios, que de pronto pretendían incluso reconocer al héroe en las paredes del templo—. Gran reina, pocos como tú han sentido piedad de los dolores indecibles de Troya. No está en nuestras manos darte las gracias que mereces. ¡Que los dioses te brinden la recompensa debida, si hay lugar donde valga la justicia y la conciencia del deber!

Quedó pasmada la reina al oír tal declaración. Descendiendo por la escalinata, examinó concienzudamente al héroe. Cuando llegó hasta él, su rostro se mostraba extasiado. Se había convencido de que el mismísimo Eneas estaba en su presencia.

—No penéis más, troyanos. ¡Sed bienvenidos a esta tierra!

Los troyanos lanzaron gritos de alegría, y los cartagineses, enardecidos por la presencia de aquellos nobles visitantes y la bondad de su soberana, se unieron a ellos en un feliz arrebato.

◇◇◇

Se adornó el palacio de Dido con todo el esplendor del fasto real. El gran banquete estaba preparado en una sala revestida con tapices de labor en un color rojo deslumbrante. En las

mesas lucía una vajilla de plata maciza, en la que se veían cinceladas las hazañas de los antepasados fenicios. Dido estaba recostada en el centro de la sala, en un lecho de oro con cojines blancos, y el caudillo Eneas y su hijo estaban a su lado sobre estrados de púrpura. El resto de troyanos y los cartagineses más destacados se reclinaban en bordados lechos. Los criados iban dando aguamanos y pan de las canastillas, proveían a los comensales de afelpadas servilletas, mientras más de cincuenta sirvientas se cuidaban de ir repartiendo los manjares y de avivar el fuego. Cuando el banquete llegó a su primer descanso, escapándose ya la tarde, retiraron las mesas para dar paso a grandes fanales encendidos colgados de los dorados artesones. Por todo el palacio, las teas llameantes señoreaban las sombras, un gran bullicio llenaba hasta el último recoveco, las voces rodaban por los amplios atrios.

En la puerta, una sirvienta observaba abstraída. Había ayudado a traer la iluminación pero, en el momento de regresar, cumplida su tarea, había sentido de improviso ganas de separarse de sus compañeras y así lo había hecho. Un fulgor irreconocible, impropio, destellaba en su mirada. Había penetrado para habitar en su mente una potencia inmortal. En sus adentros, viendo por sus ojos, latiendo en su corazón, se encontraba la mismísima Afrodita.

La diosa temía por su hijo. Bien sabía que la cólera de la gran señora Hera estaba lejos de ablandarse y que ni siquiera su esposo Zeus conseguía doblegar su rencor implacable. A los olímpicos que se habían puesto del bando de los griegos no les bastaba haber contemplado Troya destruida y ver arrastrarse a sus prófugos de castigo en castigo. Todavía perseguían las cenizas, los huesos de aquella malhadada estirpe. Igual que

la esposa celeste había buscado la ayuda de los vientos para causar el repentino estrago que había extraviado a Eneas en aguas de Libia, seguro que al ver la buena acogida que la ciudad de Cartago le ofrecía, alargaría su puño para propinarle un nuevo golpe. Pensando cómo asegurar el futuro de su vástago, Afrodita había urdido un plan para que Dido fuera del todo incapaz de reservarle mal alguno: había pedido a Eros que la hiriera de amor por Eneas.

Nadie en la sala abarrotada pudo advertir —puesto que era invisible a los mortales— la presencia del niño alado, armado con arco y carcaj, que, aleteando delicadamente, se situó encima de Ascanio y luego se dejó caer. Eros —hijo también de Afrodita— desapareció en el interior del mortal. En ese mismo instante, una luz refulgió en la cara del niño.

Sintiendo su amor de padre a flor de piel por todas las veces que había visto cerca la muerte de su hijo, Eneas jamás se separaba de Ascanio. No le avergonzaba mostrar su ternura ante la mirada de otros, procuraba por él, lo acariciaba tiernamente, lo abrazaba y lo colmaba de besos. A lo largo del banquete, viendo el cariño que se profesaban, la reina Dido quedó conmovida y al mismo tiempo asombrada del ingenio de Ascanio, del halo de vida desbordante que lo rodeaba. No podía dejar de mirarlo. ¡Con qué abrazos se colgaba Ascanio del cuello de Eneas! La reina ansiaba conocer ese amor filial que el destino había apartado de su camino. En ese vacío, volvía a sentir el desgarro de la traición que le había hecho huir de la tierra de Tiro, donde su avaricioso hermano había asesinado a su marido para conseguir sus riquezas.

Con asombro y gratitud fue advirtiendo Eneas el afecto con que la reina contemplaba a Ascanio. A ratos, cuando lo



Eneas fue advirtiendo el afecto con que la reina contemplaba a Ascanio.

llamaba a su lado para explicarle alguna leyenda, le acariciaba el cabello sin parecer darse cuenta, por un sentimiento sincero. La belleza de aquella mujer era tan fascinante como su audacia. Por sus actos, no por meras palabras, la reina Dido mostraba su grandeza a cada instante. Había conseguido ya aquello por lo que él aún se debatía pasando tantas penalidades: exiliada, huyendo de un pasado fatídico, había resurgido de las cenizas aún más sublime, más poderosa. Una llama largo tiempo sosegada prendía en el alma de Eneas. Con gran aturdimiento se dio cuenta de que la observaba sin disimulo. Apartó la vista, avergonzado. Justo en ese momento, apenas él se mostró así de discreto, fue ella la que volvió los ojos fugazmente hacia él. Eneas el troyano, se decía la reina, pariente del rey Príamo, compañero de armas de Héctor —el paladín de Troya—, que había cruzado su hierro con el mayor de los héroes griegos, Aquiles, y había sobrevivido, cuyo nombre era admirado en el mundo entero, estaba allí, tendido a su lado, le acercaba un cuenco con uvas, la miraba de soslayo temeroso de ser descubierto. A la reina tiria, le dolía el corazón tanto por haber perdido la costumbre de amar como por el anhelo de recuperarla.

4

Dido y Eneas

Ya no se alzaban en Cartago las torres comenzadas, ni se adiestraban los mozos en las armas, ni se aprestaban los puertos y fortines de defensa en caso de guerra. Habían quedado interrumpidos los trabajos y el ingente ascenso de los muros, estaba inmóvil la grúa que se erguía hasta el cielo. Los tirios murmuraban inquietos, porque siempre veían a su reina paseando con el caudillo de los troyanos como acompañante y ya no se dirigía a ellos. Se sentían olvidados. Semana tras semana, había ido abandonando las construcciones, la creación de leyes, el sabio ejercicio del poder por el cual los suyos tanto la adoraban. Por uno u otro motivo, no eran pocos aquellos de entre los tirios que pensaban que demasiado tiempo llevaban ya los troyanos en su tierra.

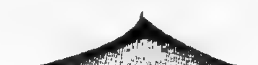
Sintiéndose apartados, los jóvenes que solían escoltar a Dido en sus paseos por el centro de la ciudad, la veían pasar ahora, siempre junto a Eneas, parapetada tras una guardia de

troyanos. La reina mostraba al héroe la riqueza de su urbe ya dispuesta. Pero, pretendiendo tratar con él de otros asuntos, se le cortaban las palabras. En silencio latía viva una herida en lo hondo de su pecho. Al caer la tarde, volvían a un nuevo banquete donde ella pedía una vez más que él le relatara los infortunios de la gran Troya y de su viaje. Mientras Eneas hablaba, ella estaba pendiente de su boca, extasiada. Después, al separarse, cuando ya invitaban al sueño las estrellas que iban cayendo, se entristecía sola en sus estancias vacías y se echaba sobre el diván que él había dejado. Ausente de su presencia, seguía escuchándolo y viéndolo. Solo apaciguaba la llama que la abrasaba reteniendo en su regazo a Ascanio, a través del cual sentía prendada su alma del parecido con su padre y lograba engañar así un amor imposible de expresar con palabras.

Ya la aurora ahuyentaba la húmeda sombra de la tierra cuando Dido entró fuera de sí en los aposentos de su hermana Ana. Toda la noche había vagado por el palacio, igual que una corza herida por la flecha de un cazador, dando vueltas y vueltas en su mente al rostro y las palabras de Eneas, a su gloriosa alcurnia. Ana, alma de su alma, había sufrido con ella en Tiro y la había acompañado en su viaje sin dudarlo, pues la quería más que a la misma luz. Incorporándose en el lecho, le hizo lugar a su lado. Dido se echó en sus brazos y al fin dejó escapar un llanto acongojado. Ana la dejó abandonarse y, acariciándole los cabellos, le susurró:

—Hace ya tiempo que sospecho el mal que te consume y que no deja a tus miembros ni un punto de paz.

—¡Ay, hermana mía! ¿Quién es ese huésped que ha entrado en nuestra casa? ¡Qué gallardo su aspecto, qué valiente y qué diestro en las armas! Creo, sí, que es de raza de dioses.



—Si ese fuego invisible se nutre con la sangre de tus venas, no te arrastres más como una sombra. ¿Vas a dejar que se aleje de ti tu juventud sin gozar la dulzura de los hijos ni los dones de Afrodita? Te concedo que ningún pretendiente de estas tierras adustas hiciera mella en tu alma dolorida. Pero ¿vas a luchar también con un amor que es de tu agrado?

Cesaron los sollozos de la reina, que se separó de los brazos de su hermana, enjugándose las lágrimas:

—Si no hubiera tomado la firme decisión de no unirme a otro alguno después del desengaño que sufrí con la muerte de mi primer amor, podría haber cedido a esta flaqueza. Después de la muerte de mi esposo infortunado, lo confieso, solo este hombre ha hecho vacilar mi ánimo. Vuelvo a sentir en mí el resquemor de la primera llama. Pero desearía que se abriera la sima de la tierra antes que quebrantar mi promesa.

—¿Crees que tal cosa le preocupa al polvo y a las sombras de los muertos? —dijo Ana, alborotada. Dido quedó atónita ante esas palabras—. Amas a este hombre, que no es uno cualquiera. Bajo los auspicios de los dioses han arribado a nuestra tierra las naves de Troya. ¿Qué reino podría surgir por obra de este enlace? Nos rodean razas invencibles en la guerra, tribus inhóspitas, sin freno, desoladas por la sed, que dilatan su furia a lo largo y a lo ancho. Con la ayuda de las armas troyanas, ¿qué peligro podrían suponer para nosotros? ¿A qué logros tan altos no se alzaría nuestra gloria?

Dido la escuchaba con el pecho inflamado de amor, avivada la esperanza en su mente indecisa. Fue Ana, con sus palabras, quien libró a su poder de escrúpulos. Así, sin perder más tiempo, se vistieron y rápidamente se encaminaron a los templos para ofrecer los sacrificios y pedir paz en cada

altar. Sacrificaron a Deméter, a Apolo, pero antes que a los demás a Hera, pues ella velaba por los lazos conyugales. Más hermosa que nunca, con la copa en la mano, iba vertiendo Dido su libación ante los altares, rogando que rugiera en el mar un invierno enfurecido, que siguieran las naves troyanas astilladas, que el cielo les cerrara el paso. A su lado, invisible, Afrodita la contemplaba inquieta, pues a la postre su ardid había resultado excesivo y, por su culpa, Eneas volvía a correr peligro de no arribar jamás a las costas prometidas.

◇◇◇

En el umbral del palacio, la comitiva de tirios destacados aguardaba a la reina con su corcel preparado y adornado de grana y oro. Salió Dido al poco y subió a su caballo. Vestía un manto sidonio con cenefa recamada, y, cruzado a la espalda, llevaba un carcaj de oro, como de oro eran las cintas que anudaban sus cabellos y el prendedor que recogía el cuello de la túnica púrpura. Se unió a ellos la comitiva troyana, de la que Eneas se destacó para acercarse a la reina y cabalgar en su compañía. Siempre digna, ella no le dirigió la mirada, mientras que él no perdió ocasión de asombrarse de nuevo con su belleza. A una orden de Dido, los dos cortejos avanzaron juntos, convertidos en una sola partida de caza.

Lanzándose desde una peña, unas cabras montesas galopaban por las lomas cuesta abajo, mientras, hacia otro lado, unos ciervos buscaban alcanzar el ancho llano a la carrera. Los monteros tirios levantaban gran estruendo por todo el monte y acordaban los sotos con redes y lazos, haciendo apiñarse a los animales en su huida polvorienta. Ascanio disfrutaba en la hondonada incitando a su fogoso potro tras

ellos al galope, dejando atrás a su padre y a la reina, que lo observaban con gozo. El cielo empezó a estremecerse en un confuso fragor. Eneas miró a lo alto, donde las nubes negras se amontonaban. No tardó mucho en estallar el aguacero: un turbión de agua mezclado con granizo. Jinetes y monteros huyeron en desbandada a través de los campos en busca de amparo, mientras los torrentes crecían y crecían y empezaban a bajar desatados por las laderas.

Sucedió que, como la reina vio que Ascanio hallaba fácil refugio junto a los troyanos de su escolta y se iba con ellos, ella quiso desviarse por derroteros conocidos en busca de una antigua gruta que no se encontraba lejos. Como esperaba, vio que Eneas la seguía al galope, pues no se había separado de ella, cabalgando gentilmente a su lado durante toda la cacería. En lo más profundo del bosque se abría la hermosa cueva, una abertura esmeralda en el seno de la montaña, con un dosel de yedras colgantes a la entrada y alfombrada de tierno musgo en su interior. Allí entró a la carrera, riendo como una niña, la resplandeciente Dido, empapada por la lluvia, y Eneas en pos de ella.

Dejando los caballos a un lado, Eneas encendió un fuego mientras Dido se vaciaba de agua los cabellos. Luego se sentaron en una gran roca inclinada, y, recogidos junto a la lumbre para protegerse del frío, admiraron el espectáculo estremecedor de la furia de los eternos descargando sobre el anchuroso pecho de la Madre Tierra. Dido esperaba que él hablara, pero no lo hacía. Eneas resistía para no mirarla de soslayo. Al verla atusarse la melena, limpia de guarniciones y arreglos, de los que se había desposeído, había sentido una dolorosa embestida en el corazón. Era tan hermoso su ros-

tro, tan dulce el trato que le dispensaba, tan perfecto parecía su cuerpo, que Eneas había olvidado ya hacía tiempo todo antiguo amor e incluso se había diluido en su ánimo el impulso de continuar su aventura. Ascanio era feliz en aquella ciudad, con aquella mujer, y él sentía que algo muerto revivía en su interior, aunque no estaba seguro de si realmente era amor. Le preocupaba ensimismarse, pues sentía que no tenía derecho a ello después de los sufrimientos nefandos que habían sufrido los suyos al ir tras él seducidos por sus promesas.

Fue ella la que finalmente rompió el silencio y se volvió hacia el héroe con un temblor en la mirada:

—Ya desde niña me era conocido el sino de la ciudad de Troya y el nombre de sus reyes. Cuando tu antepasado Teucro fue desterrado de su patria, llegó a la ciudad fenicia de Sidón buscando un nuevo reino. Aunque mi padre, Belo, era enemigo vuestro, acostumbraba a haceros grandes elogios, y hasta pretendía descender él mismo de esa antigua estirpe.

Al fin los ojos de Eneas se fijaron en ella. Dido sintió que la penetraban y confortaban su interior. La tormenta parecía estar muy, muy lejos. La reina se estremeció al notar un contacto en la piel. Eneas la tomaba de la mano:

—¡Qué padre tan glorioso engendró tan noble hija! Mientras corran los ríos a la mar, mientras el cielo siga apacentando estrellas, perdurará el honor que te debo. Llevaré tu nombre y tu alabanza allá donde me llame mi destino.

Una sombra cayó sobre ella al oír en boca de su amado la posibilidad de una separación. Un nudo en la garganta estranguló su voz, que resonó con tristeza insondable:

—¿Qué hado va persiguiéndote entre tantos peligros, hijo de la diosa?

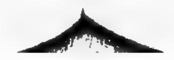
—Un poder violento, el mismo que me ha arrojado a tus riberas. —La miraba él intensamente, pareciendo más cercano a cada instante.

—Cierto es, troyano, y por ello te diré, aunque con ello logre causar tu enojo, que no le guardo rencor, sino que, de saber su nombre, le alzaría un templo todo de oro, el más soberbio de la tierra, el más esplendoroso que mortales e inmortales vieran jamás.

Llevó su mano a la mejilla de él y así quedaron los dos trenzados. Sentían la calidez del cuerpo del otro, olían su aliento dulce, paladeaban los labios mullidos, tentadores. Prisionero cada uno de la mirada del otro, él la rodeó con sus brazos y ella se abandonó. Sus labios se unieron en un beso tierno y ansioso, y luego en otro, y en otro, y en cien y en mil más, incontrolables, torrenciales, cada uno de los cuales los llevaba un paso más hacia la liberación de su pasado y la indiferencia sobre lo que les deparaba el porvenir.

∞

La noticia de que la hermosa reina Dido se había unido en amores con Eneas, descendiente del linaje troyano, corrió rauda por los pueblos vecinos. Más allá de las fronteras de Cartago, se decía que pasaban juntos la molicie de aquel invierno descuidando sus reinos y entregados únicamente a las delicias de su torpe amor. Los pueblos enemigos, casi todos, se pusieron en alerta, acechando la ocasión que les permitiera actuar contra los tirios, mientras que los pocos reinos que pudieran considerarse amigos se inquietaban por la influen-





Dido llevó su mano a la mejilla de Eneas, y así quedaron los dos trenzados.

cia de los troyanos. Más de un rey poderoso que había pretendido en matrimonio a Dido y había sido rechazado sentía ahora el alma colmada de ira por despecho. Algunos llamaban a Eneas el nuevo Paris, asegurando que, como aquel, llevaría la desgracia a los suyos por amor. Fueran ciertos o falsos, los rumores acababan regresando tarde o temprano a la propia Cartago y se divulgaban entre su gente, que ya no veía jamás a su reina, pues solía permanecer encerrada en su palacio con Eneas. Los tirios empezaban a creer tales infundios, a imprecar a los troyanos, a decepcionarse con la soberana que, en otro tiempo, había sido sabia y bondadosa.

Desde el día en que se habían conocido íntimamente por primera vez, Dido ya no se cuidaba de las apariencias debidas a su honor real ni atendía a la protección de su buen nombre. En presencia tanto de nobles tirios como de sirvientes, tomaba de la mano a Eneas y, en el transcurso de los banquetes, lo besaba sin vergüenza. No consideraba que el suyo fuera un amor furtivo, sino que, entre los más cercanos, lo llamaba matrimonio. Se cuchicheaba en los pasillos que usaba ese nombre para velar con él su culpa. Ajeno a todo ello, Eneas, por su parte, había olvidado su nobilísimo empeño. Los troyanos, que al principio habían celebrado ver que su jefe hallaba solaz en tan feliz compañía, notaban las miradas rencorosas, oían el eco de las habladurías, de modo que también entre ellos el descontento iba hallando acomodo. Entretenido con su amada tiria, pensaban sin osar decirlo, Eneas ya no volvía la vista a las ciudades que le asignaba el destino.

Hasta la mismísima morada celeste, a través de las vaporosas nubes, más allá de las cimas nevadas del Olimpo, llegó la reverberación de aquel estado de cosas. Solitario en su salón

de esbeltas columnas, Zeus observaba a Eneas en las imágenes que le devolvía el remolino de nubes en el centro de la estancia, sobre el suelo de mármol blanco, y se preguntaba qué esperanzas movían al héroe a malperder su vida, ocioso, en aquel pueblo, sin cuidar de sus descendientes. No la había salvado en varias ocasiones su madre, la más hermosa de las diosas, para que ahora dejara desaparecer la estirpe de la noble sangre troyana, sino para que ganara la gloria de grandes empresas. Más tarde, cuando presidía las reuniones de los olímpicos desde su sitial elevado sobre un estrado nebuloso, no dejaba de percibir el recelo que todavía inflamaba los pechos de los suyos. Tiempo hacía desde que habían chocado las armas en la arena de Troya, cada uno compartiendo el polvo y la sangre con un bando de los mortales, cuando la guerra llegó a lo más desbocado. Sin embargo, Afrodita seguía inquieta por sus protegidos; Hera se mostraba incapaz de olvidar las ofensas; Atenea se sentía desgarrada por la locura a la que había visto entregarse a los hombres; Apolo sufría por la crueldad inenarrable, innecesaria, que habían sufrido sus vástagos. Bien claro veía el señor del universo que muy pocos respetaban su pretensión de evitar inmiscuirse en los asuntos de los hombres. Quizás era el momento de que él mismo interviniera para poner cada cosa en su sitio.

◇◇◇

Negra noche. Cristales de sal en el cabello. Piel marchita, agrietada por el sol. Carne pútrida. Vientos pestilentes que recorren páramos iluminados por un fulgor rojo, bajo un cielo oscuro, dominado por nubes rampantes que, lejanas, despiden relámpagos. Troncos quemados, silencio de muer-

te. Se desliza una sombra por los cielos y se acerca: es el venerable Anquises, en cuyos ojos blancos, sin iris, late la nada. Abre una boca arrasada por las tinieblas:

«¡Hijo, al que yo quería en vida más que a mi propia existencia, acudo a ti por orden del mayor poder del universo, el único capaz de alejar todo peligro de tus naves, el que desde la altura se apiada de ti! Escucha mis palabras: lleva contigo a Italia a los troyanos. Pero antes debes saber qué ciudad se te concede. Ven a buscarme a las moradas infernales para encontrarte conmigo. Habito en los campos Elíseos en gozoso consorcio con los justos. Hasta mí te guiará la casta sibila que mora en Cumas. Hazte a la mar.»

Súbitamente escupido por las regiones del sueño, Eneas se incorporó con violencia entre sábanas púrpuras, entretejidas con tenues hilos de oro, don del fasto de Dido. Tenía los cabellos erizados de espanto, la voz pegada a la garganta, aturdidos todavía los sentidos. Buscó en las sombras de alrededor: estaba solo en sus aposentos; Dido había regresado a su ala del palacio. Tuvo que convencerse de nuevo de que su padre estaba muerto. Su sombra le había hablado.

Erró toda la mañana sin orden ni concierto, incapaz de articular palabra. Ofrendó suplicante sagrada harina e incienso a manos llenas en el gran templo de Hera y en un altar recóndito dedicado a Apolo. Evitaba a su hijo, a su amante, a todos cuantos lo requerían. En la busca desesperada de la soledad, finalmente ensilló un caballo y salió de la ciudad. A galope tendido por los llanos, le tranquilizaba notar el viento en la cara y el manto tironeando de él como si quisiera descabalgarlo, caracoleando a su espalda. Se sentía perplejo ante súbito aviso que había recibido. ¿Cómo había

podido desatender un mandato divino? Si la gloria de tan altas empresas no le incitaba ya ni se veía capaz de abrazar las fatigas como antaño, debía volver los ojos al menos sobre Ascanio, que se iba haciendo mozo. A él le debía el reino de Italia.

Había vuelto, sin pretenderlo, al monte que fuera escenario de la cacería. Sabiéndose cerca de la cueva en la que amó a Dido por primera vez, fue a buscarla. Dejó el caballo a la entrada y visitó de nuevo el lugar donde habían yacido. Los restos tiznados del fuego que había avivado su calor seguían amontonados en un recodo. Al verlos, el aire se detuvo en su pecho. Le costaba respirar. ¿Con qué palabras podía atreverse a frustrar el amor de la reina? ¿Por dónde empezar a explicarle? Daba vueltas por la gruta en todas direcciones. El alma se le iba en suspiros.

◇◇◇

Estallaban los martillos y rugían las sierras sobre la madera, crujían los tablones, bullía la brea para el calafateo —mezclada luego con estopa de cáñamo—. Los troyanos gruñeron hacia el cielo satisfechos al izar el primero de los palos. Azotados por el tempestuoso invierno, trabajaban a toda prisa durante jornadas frenéticas, sin apenas descanso, para aprestar la flota en una playa recogida. Actuaban con sigilo, pues su jefe había estimado preferible esta medida.

Desde que Eneas los reuniera para hacerles saber sus nuevos planes, había vuelto la alegría entre ellos. Sin embargo, cuando lo veían pasar cavilando cabizbajo, ausente, ahogaban al punto las gracias y las risas con que hacían más llevaderos sus trabajos. Nada sabía aún la reina Dido ni sospechaba que



pudiera deshacerse un amor tan profundo. Pero ¿quién puede engañar eternamente a quien ama? Eneas había estado huyendo de ella con excusas, porque era incapaz de mentirle abiertamente. Cada hora que pasaba se hacía más fácil que ella adivinara lo que se estaba preparando. Cuando llegó el día en que todas las naves estuvieron dispuestas, los troyanos se reunieron a pasar la noche en la orilla, junto a los barcos, a la espera de su caudillo, que había dado orden de zarpar al amanecer.

Los pasillos del palacio estaban desiertos. Parecía que toda la corte hubiera huido al ver el enemigo a las puertas, aunque Eneas sospechaba que estaban en alguna parte, escondidos. El troyano avanzó a través del silencio, dejando tras de sí únicamente el sonido de sus sandalias sobre el mármol. Recorría el camino que tan bien conocía, donde nadie lo detuvo para ser anunciado ni tampoco le abrió las puertas, pues también los soldados de la guardia estaban ausentes. Con gran respeto, entró en los aposentos de la reina. Dido le daba la espalda mirando a la lejanía mientras acariciaba las sedas que vestían la ventana. Aguardó a que se girara, pero ella permaneció petrificada. Caminó hacia su figura y, al llegar, avanzó la mano hasta su hombro. Dido se apartó apenas notó el contacto. Solo entonces se volvió hacia él. La furia tanto como el desconsuelo enrojecían sus ojos:

—Por tu amor he perdido el honor, la fama que me alzaba a las estrellas, por tu amor mis enemigos me acechan, mis amigos me odian y me es hostil mi pueblo.

Oyendo aquellas palabras verdaderas, a duras penas lograba acallar Eneas la angustia en lo hondo de su pecho y a la vez se debatía por mantener impasible su gesto:

—Guardaré como un tesoro tu recuerdo mientras aliente un soplo de vida en este cuerpo.

Dido quedó asombrada ante aquella frialdad. Sus ojos buscaron con desespero en los de él, intentando atravesarlos, penetrar en su interior igual que en otros tiempos, pero se habían vuelto de cristal, sin vida. No parecía que hubieran vertido ni una lágrima ni que ahora se compadecieran de quien los amaba. Sintió la cólera acelerándole el corazón.

Haciéndose a un lado, tomó una gran bandeja que sostenía varias jarras y copas y la volcó:

—¡Traidor, tú no has tenido por madre diosa alguna, ni provienes de la estirpe de Dárdano! ¡Tigres de las montañas te han criado con sus ubres! —Continuó golpeando y tumbando cuanto hallaba a su paso, ardiente de ira—. Arrojado a la playa y desprovisto de todo te acogí. Contigo he compartido mi trono. He salvado tu flota perdida, he sacado a tus hombres de la muerte. ¿No te detiene nuestro amor, ni el sufrimiento que me causas? ¿Has exhalado un gemido siquiera ante mi llanto?

La reina llegó a causar grandes destrozos en los enseres de toda la estancia, hasta que sintió que la abatía el cansancio y la furia se desvaneció con su agotamiento. Cayó junto al lecho que habían compartido hacía tan poco, apoyándose en él, donde intentaba recuperar el aliento.

—Deja de consumirte —dijo Eneas, sin moverse de donde se encontraba—. No voy a Italia por voluntad propia. Son los dioses los que no me dejan resolver mis desdichas conforme a mis deseos y me amonestan y me dejan aterrado apenas la noche cubre la tierra con el húmedo velo de sus sombras.

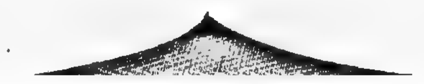
Esperó alguna respuesta de ella, pero Dido ya no aguantaba mirarlo. Solo lloraba en silencio. Medroso, Eneas quería seguirle hablando para ahuyentar sus sufrimientos, encontrar la manera de consolarla, pero vacilaba, pues, con buen sentido, se daba cuenta de que no estaba en su mano, la del verdugo, aliviar el dolor de la víctima. Con el alma rendida, se encaminó hacia la puerta. Cuando Dido vio que su amor se iba ya hacia sus naves, se sintió desfallecer:

—¡Eneas! —gritó con la voz presa del sollozo. El héroe se detuvo en el vano de la puerta—. Si he tenido fuerzas para soportar tan grandes dolores, también tendré el valor de sobreponerme a este. No te pido el matrimonio, ni que renuncies a tu hermoso reino: solo pido que esperes a que calme mi delirio, que acabe el invierno y soplen mejores vientos para que mi corazón aprenda a perderte. Acoge la última gracia que te pido. ¡Ten compasión de tu amante infortunada!

Él se quedó inmóvil, titubeando ante la súplica con la mirada fija en las vetas de mármol del suelo. Ella aguardaba la respuesta con el brazo tendido hacia él, como si ese gesto lo retuviera. Finalmente, Eneas siguió adelante y salió de la estancia. Un chillido desgarrador estalló a su espalda. Arrasada por el llanto, Dido sentía partirse su corazón mientras oía el eco de los pasos de su amado en los pasillos cada vez más lejos.

◇◇◇

Ya irrumpía la aurora cuando despertó la reina. Su hermana le mesaba los cabellos, tendida a su lado. Un tropel de sirvientes aguardaba al otro lado de la puerta. La habían en-



contrado desmayada, habían subido su cuerpo al lecho y la habían acostado tiernamente. Ana había conocido también el amor de un compañero del caudillo troyano, y, desolada, había pasado como Dido aquella noche aciaga entregada a los lamentos.

Sin decir palabra alguna ni mirarla siquiera, Dido se levantó y se acercó a la ventana, desde donde se veía el mar. Empequeñecían sobre las aguas las velas de los troyanos, firmes al viento. El cielo, que el día anterior había estado encapotado, se había abierto y había expulsado de sí todas las nubes. El sol naciente esparcía ya sus nuevos rayos por la tierra, libre y esplendoroso. ¿Había mediado la diosa en favor de su advenedizo hijo? ¿De tal modo hacían los inmortales escarnio de su reino? Volvió hacia su hermana un rostro inquietante, no porque reflejase una tribulación insufrible sino porque en él clareaba una serena esperanza:

—Felicítame, hermana, he encontrado el camino de librarme de su amor. Alza una pira en la playa, al aire libre, y coloca sobre ella todas las armas y prendas que haya dejado ese despiadado en mi palacio y el lecho nupcial que me ha perdido. Préndele fuego en nombre de mi honor. Quiero perder de vista cuanto antes todos los recuerdos de ese hombre abominable.

Ana permanecía en silencio, observando el extraño gesto de su hermana, impávido y sublime. Al ver que titubeaba, Dido la apremió a preparar lo que mandaba y ella corrió a obedecer.

Ayudada por los sirvientes y la guardia, preparó la ingente pira de haces de pino y de leños de encina, y después colocó sobre ella todos los objetos que Eneas había dejado



olvidados, las prendas que Dido le había regalado, las sábanas que habían acogido su amor... Cuando el fuego estaba en lo más alto, vieron llegar a la reina caminando decidida, parecía que la volvía a guiar su determinación de antaño. Ana se alarmó, pues su expresión ya no mostraba calma: un horrendo designio la arrebataba, le inyectaba los ojos de sangre, volvía pálida su tez. Acercándose a las llamas, gritó hacia ellas:

—¡Oh, Zeus! Si es forzoso que ese hombre arribe a puerto, que sea acosado en la guerra por las armas de un pueblo arrollador, que no consiga gozar de su reinado y caiga antes de tiempo, que yazca su cadáver insepulto en la arena. Esto es lo que te pido, la última ansia que escapa de mi pecho. —Se volvió hacia todos los presentes—. Y vosotros, tirios, perseguid con saña a su estirpe, que no exista amistad ni alianza entre nuestros pueblos. ¡En guerra yo os conjuro, costa contra costa, olas contra olas, armas contra armas, que haya guerra entre ellos y que luchen los hijos de sus hijos!

Brilló el hierro en su mano. Había traído escondida la valiosa espada griega —esgrimida por el mismísimo Aquiles— que Eneas le había entregado en otro tiempo como presente de amor.

—¡Hermana, alma de mi alma, luz de mi vida! —chilló Ana para intentar arrebatarla de la locura.

Dido alzó hacia ella sus ojos anegados de rencor:

—¡Fuiste tú quien cargó de esperanzas mi alma confundida y me pusiste a merced de mi enemigo! Que los ojos del dárdano cruel desde alta mar se embeban de estas llamas y se lleve en el alma el presagio de mi muerte.

Ejecutó un movimiento raudo que nadie fue capaz de evitar: tomando la espada con firmeza, apoyó la afilada punta en su vientre y se la clavó hasta la empuñadura. El griterío de todos los presentes ascendió a los cielos mientras la sangre espesa se derramaba en las manos de la reina. Ana cayó sobre sus rodillas, sin aliento, paralizada, incapaz de pronunciar una palabra. Echándose hacia atrás, Dido se volcó en el fuego. Lamentos, gemidos y alaridos estremecieron toda Cartago, donde el aire resonaba transportando plañidos imponentes.

Mientras tanto, mar adentro, Eneas mantenía firme el rumbo de su flota. El vigía dio la alerta y los troyanos miraron hacia atrás. Relumbraba en la costa el fulgor de una inmensa hoguera. Todos se preguntaron la causa del imponente incendio, y cundieron en los barcos tristes presagios. Mientras la flota ganaba alta mar e iba dejando ya la vista de la tierra, se iba cerniendo sobre Eneas un oscuro pesar. Bien sabía adónde podía llevar el cruel dolor que angustia un corazón herido.

◇◇◇

Surgía el viento de popa sin abandonarlos. Eneas observaba el cielo limpio de nubes borrascosas y pensaba en su madre y en Poseidón, cuyo tridente estremecía la tierra y quien tantas veces había frenado la furia y la iracunda cólera del mar. No había sido menor el cuidado que había tenido de él durante la guerra. Ahora parecía haber tomado firmemente el control de su reino, para que ninguna otra fuerza lo doblegara a su antojo. Habían parado en Drépano para hacer noche y aguada, y visitar a los parientes. Allí les habían dado noticia de cómo llegar a Cumas y encontrar a la sibila. Quedaba ya a su



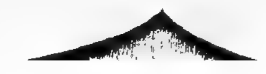
La reina apoyó la afilada punta en su vientre y se la clavó hasta la empuñadura.

espalda la estrecha cinta de tierra que albergaba aquel puerto amigo. Delante, solo Hesperia.

Navegaron todo el día y luego la noche entera en dirección nordeste, sin dar muestras de cansancio, sino felices de aprovechar el tiempo excelente. Maniobraban todos a una e iban tendiendo las lonas a babor y estribor, y giraban a ambos lados los cabos de las vergas. Cuando las brisas soplaban más sosegadas, tomaban los remos y solo en muy breves descansos relajaban sus miembros esparcidos sobre los duros bancos. Así, con la ayuda de los dioses y en virtud de su esfuerzo, la mañana siguiente les trajo el gozo de otear las costas anheladas. Enardecido bullía el tropel de los troyanos sobre las cubiertas.

Siguiendo como destino la cumbre del monte al que llamaban Cumas, la flota se deslizó hasta una playa donde fondearon las naves. Saltaron los troyanos con entusiasmo a la orilla de aquella Hesperia de cuya existencia habían llegado a dudar. Algunos se adentraron en la maraña de los bosques armados con arcos y flechas en busca de buena caza, mientras otros cargaron con los odres de cuero y fueron a descubrir corrientes de agua. En tanto, Eneas se encaminó a la cumbre, donde, según le había dicho Acestes, Apolo asentaba un templo y moraba aislada la hórrida sibila.

Tenía allí el dios un santuario todo hecho de oro cuyas paredes labradas mostraban colosales escenas de dioses, héroes y monstruos. Al pie del recinto sagrado se abría una siniestra caverna en una rocosa pared inclinada, tanto que parecía a punto de desplomarse. No sin temor, Eneas penetró en ella y se halló transitando un largo corredor excavado en la piedra. Llegó hasta un gran vestíbulo donde confluían



numerosas galerías. Una mujer anciana se encontraba allí, ocupada en sahumar los trípodes de un altar. Al oírlo entrar, se volvió hacia él:

—Troyano, hijo de Anquises, al fin has logrado superar grandes trances en el mar. El dios me ha avisado de tu llegada y me pide que te acompañe a la sima de los muertos para que te reúnas con tu padre. Pero debes saber que lo difícil no es entrar en los infiernos sino salir de ellos. En estos bosques hay un árbol que oculta un ramo con sus hojas y su tallo de oro, consagrado a Perséfone, la reina del inframundo. Lo necesitarás para entregárselo como ofrenda si quieres regresar. Encuéntralo antes de que la luna enseñe su cara, pues nuestro viaje entre las sombras se alargará lo que duren las tinieblas de la noche.

Tal diciendo, la sibila cerró sus labios y le dio la espalda. Entristecido por los incontables obstáculos que hallaba, Eneas desanduvo el camino. Durante largas horas dio vueltas y más vueltas por todo el bosque, pero no hallaba brillo alguno en la fragosidad, sino solo más y más verde. Al caer la tarde, se sentó a descansar y secarse el sudor de sus esfuerzos. Las sombras se alargaban ya al seguir la carrera del sol por el cielo. Eneas notaba que la congoja hacía presa en su corazón. ¿No había mostrado ya su sumisión a la voluntad de los eternos? Con un suspiro, intentó aligerar el ahogo que sentía.

Apenas acabó de hacer esto cuando, desde el cielo, descendió una pareja de palomas y fue a posarse delante de sus pies. Picoteando en sus sandalias, llamaron su atención, y luego alzaron el vuelo de nuevo. Siguiéndolas con la mirada, el héroe vio que se posaban más abajo, en lo alto de una encina. Allí parecían esperarlo, pues lo llamaban con su arrullo. Mi-

rando hacia ellas, Eneas vislumbró un fulgor de metal entre las ramas. Saltó de su asiento y corrió por la ladera. El árbol se encontraba en el fondo de una quebrada. La rama dorada centelleaba entre las otras como fruto azafranado, divino.

∞

En lo más hondo del bosque, protegida por un lago de aguas negras, había una cueva con sus anchas fauces abiertas, áspera de guijarros. La sibila alineó frente a ella con la ayuda de Eneas cuatro novillos de espinazo negro y fue vertiendo vino por sus frentes y llamando a voces a los dioses del cielo y de los infiernos. Clavó los cuchillos en los cuellos de las víctimas mientras el troyano recogía la tibia sangre en tazas. Con esas ofrendas inauguraron el altar de ritos nocturnos en honor de Hades, monarca del inframundo. Al apagarse el último albor del sol, los envolvió una noche desierta. Eneas se estremecía de frío. Bramaban las arboledas en las cumbres de los montes al blando susurro de las brisas. Se sentía bajo los pies la respiración bronca de la tierra. La sibila se aproximó a la boca de la cueva y dijo:

—Desnuda la espada de su vaina. Ahora es menester el coraje, Eneas.

Entonces se adentró arrebatada en la oscuridad. Eneas permaneció inmóvil, las piernas le temblaban, no podía respirar, tenía el terror prendido a la garganta.

—Dioses que domináis sobre las almas, séame permitido conocer los arcanos inmersos en la sombra y luego volver a este mundo desde las entrañas de la tierra.

Así murmuró Eneas para sus adentros y luego atravesó la puerta del reino de los muertos.

5

El final del viaje

Crujía la recosida madera y por sus juntas daba entrada a borbotones el lodo ardiente de la Estigia. Caronte solo con su pértiga iba impulsando la barca a través de la laguna. Una abundante madeja de barba cana caía desde el interior de la capucha, donde ardían inmóviles las llamas de sus ojos. Al ver la rama dorada, había apartado a las sombras que se agolpaban en la orilla implorando pasar el río tras su espera de cien años y había embarcado a los mortales. En la proa, junto a la sibila, Eneas la sujetaba como una antorcha, temeroso de perderla, como si su brillo fuera la única fuerza capaz de mantener a raya la lejana oscuridad desde la cual las brisas traían una viciosa fetidez. Un resplandor rojizo de jardines de fuego palpitaba en las nubes que aplastaban aquella tierra baldía, paralizada en una noche perpetua.

Desembarcaron los mortales en un marjal de glaucas algas. Apenas pusieron los pies en tierra oyeron el ladrido ensor-

decedor de las tres cabezas del descomunal can Cerbero, el guardián de los infiernos. Lo hallaron bajo un enorme dintel que se apoyaba sobre dos columnas, una obra hosca que mostraba en la piedra las heridas del salvaje escoplo que le había dado forma sin cuidado alguno. Cuando los vio acercarse, el monstruo alzó sus cabezas y erizó el cabello. Entonces la sibila le lanzó una torta que había endulzado con miel y a la que había añadido el fruto de la planta adormidera. Con hambre voraz, la bestia se tendió para devorarla con sus tres fauces. No tardó luego, con el estómago lleno, en caer dormida.

Cuando pasó al otro lado de la puerta, el corazón de Eneas se encogió al oír voces de niños y vagidos sin fin. Detrás de su guía, envueltos ambos por la noche infecunda, recorrió regiones de aflicción y olvido, de tristeza, de terrible desolación. Para calmar su inquietud ante los gemidos y las visiones desgarradoras y espantosas, la sibila le iba describiendo lo que veían: la tierra de los condenados a morir por falsa acusación, la región de los que se dieron muerte por su propia mano...

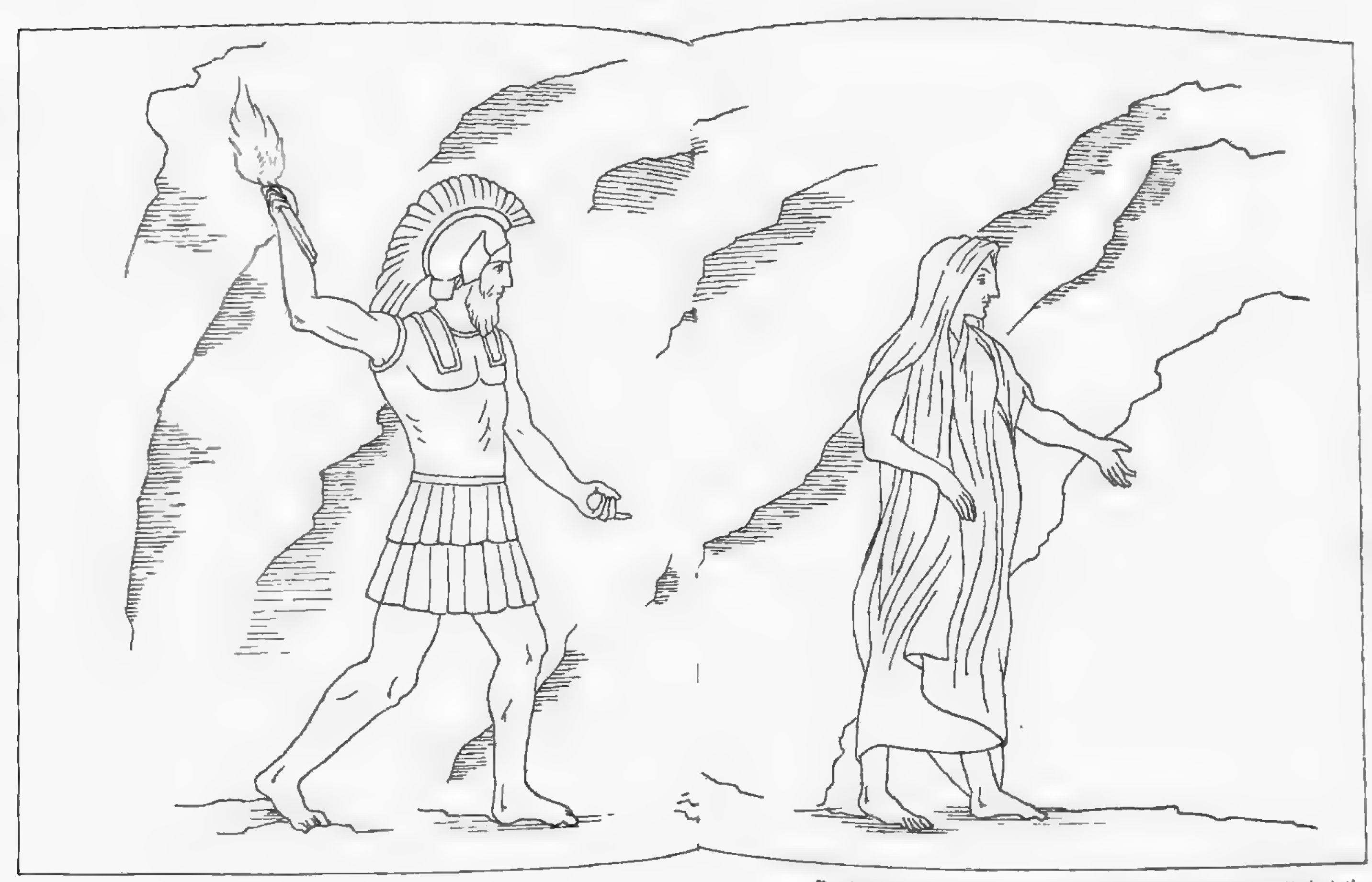
No lejos aparecieron, extendiéndose en todas direcciones, los campos de las lágrimas, que acogían a quienes el amor fue consumiendo con su cruel congoja. Lo cruzaron a través de un espacioso bosque, entre cuyos árboles Eneas, lleno de pavor, veía vagar sombras veladas. Cuando llegaron ya al límite del bosque e iban a salir, el héroe se encontró con la visión que tanto había temido desde que entrara. Como la luna aparece fugazmente en un claro entre las nubes, distinguió en la negritud la sombra de Dido, que mostraba una herida abierta y supurante en el estómago. El troyano sintió que un

dardo le atravesaba el pecho y las lágrimas, que llevaba largo rato conteniendo en aquel viaje, manaron de sus ojos. Hizo ademán de ir a buscarla, pero la mano de la sibila lo sujetó del brazo con una fuerza insospechada. Se volvió hacia su guía, arrasado por el llanto. Su mirada rogaba que le permitiera acudir a consolar a su amante. Mirándolo con torva faz, la sibila negó con la cabeza.

◦◦◦

Divisaron los muros forjados en la fragua de los cíclopes, en los cuales se abría una puerta abovedada. Más allá se encontraban los campos Elíseos, la región gozosa en la que tenían su morada los virtuosos y heroicos, los honestos, los piadosos, los magnánimos. La sibila apresuraba su paso, pues habían malgastado el tiempo en llantos aquí y allá. Siguiendo sus instrucciones, el héroe purificó su cuerpo con agua viva en una fuente aneja y luego prendió la rama dorada en una de las puertas. Cumplido su deber con la reina Perséfone, se abrió la entrada al reino de la felicidad.

Un ancho haz de aire puro y de luz de púrpura emergió del otro lado. Cubriéndose los ojos doloridos por el resplandor, Eneas se encaminó hacia allí. Su mirada se iba acostumbrando al brillo del sol y las estrellas, que lucían al tiempo en el cielo, e iba descubriendo una región de venturosas praderas verdecidas de sotos. En un terreno delimitado de arena rojiza, se ejercitaban héroes corpulentos, semejantes a dioses, en pruebas atléticas y combates. Esparcidas por el suelo estaban sus armas y sus carros vacíos, hincadas en la tierra las lanzas, sueltos los corceles, que pacían desperdigados por el llano. En otra parte un grupo de hombres y mujeres



Detrás de su guía, Eneas recorrió regiones de aflicción y olvido, de terrible desolación.

danzaban en coros y entonaban cánticos felices, mientras que otros comían dulces viandas estirados en la hierba esponjosa. La sibila se aproximó a ellos:

—Decidme, almas dichosas, ¿en qué parte de este paraje está Anquises? Venimos a buscarlo atravesando las terribles regiones de la desesperación.

Una hermosa mujer, que despedía luz con su pálida tez y sus cabellos dorados, se alzó ante los mortales:

—Ninguno tiene aquí un lugar fijo. Poblamos las laderas que refrescan sin cesar los arroyos. Pero si os fuerza el alma tan hondo afán, os pondré en camino seguro.

Marchando adelante, los llevó hasta las lindes de aquellos campos. Se hallaban en una cima desde la cual se descendía a campos luminosos. En el fondo del valle, les dijo su acompañante, hallarían a buen seguro a Anquises, pues gustaba de pasar revista pensativo al destino de los suyos.

Siguiendo lo indicado, descendieron hasta la orilla del pacífico río Leteo. Almas incontables, pequeñas, fúlgidas, revoloteaban en torno a la corriente bebiendo de sus aguas y llenando la campiña con el sonido de sus alargadas alas. Eran las almas destinadas a vivir en nuevos cuerpos, explicó la sibila, que, al beber de aquellas aguas, las del olvido, se libraban de su pasado. En aquella orilla, sobre el césped, vio Eneas la figura de su padre, quien observaba con deleite, entre aquellas almas, a las que serían sus descendientes. Anquises pareció notar su presencia y se volvió hacia él. Corrió el hijo a su encuentro tendiendo enardecido ambas manos. Sin embargo, cuando intentó rodearle el cuello con los brazos, la sombra se le deshizo en las manos, como si fuese poco más que un jirón de niebla. Anquises le sonrió con ternura.

—Hijo mío, has venido por fin. Tu amor filial ha vencido la dureza del camino.

—Tu imagen, padre, que acudía a mi mente tantas veces, me ha impelido a este umbral. Mientras tanto, he dejado la flota anclada en las costas de Hesperia. Hemos llegado, pero desconocemos cómo continuar.

—Ven, te haré ver qué gloria le reserva el porvenir al linaje de Dárdano. —Haciéndose seguir, se los llevó a recorrer aquellos parajes espléndidos, donde habitaban las almas de sus nietos y las de los nietos de sus nietos—. Aquel joven, ¿lo ves?, es uno de tus descendientes, que crecerá junto a tu esposa itálica, hija de un buen rey que habita a las orillas de un río que es posible navegar hasta muy arriba. Todos los que lo rodean son tus herederos de esa misma sangre, el futuro de nuestra estirpe, caudillos indomables, fundadores de ciudades que hoy son tierra sin nombre. ¡Míralos! ¡Qué soberbios guerreros! ¡Qué batallas las suyas! ¡Cómo resalta en ellos la pujanza de Troya! Estás a punto de reinar, pero antes, porque así lo han decidido los dioses, deberás superar recelos, calmar insidias y vencer batallas. Gobierna como buen soberano, crea leyes para la paz, concede tu favor a los humildes y combate a los soberbios. Los tuyos gobernarán el mundo conocido.

Así fueron recorriendo sin rumbo aquellos campos anchos y vestidos de luz, derramando la mirada por todas partes. Cuando Anquises había ya mostrado a su hijo cada uno de aquellos parajes y enardecido su pecho con el ansia de la gloria, se mostró súbitamente confuso y arrugó el ceño.

—Hijo mío, ¿dónde estás? Tu imagen se desvanece.

Eneas llamó a su padre, intentó tocarlo, abrazarlo, pero todo resultó inútil. El mundo se oscurecía a su alrededor,

su padre ya no lo veía, su misma voz llegó a extinguirse. La sibila le explicó que recomenzaba el día en el mundo de los vivos y no podían quedarse más.

—¡Corre, troyano, corre si no quieres vagar por el inframundo de por vida!

Se alejó apresurada. Eneas no podía separarse de su padre, que miraba en derredor, buscándolo y llamándolo en silencio, pues tampoco el héroe podía oír ya su voz. Con todo el pesar de su corazón, se volvió hacia la sibila y vio que esta desaparecía ya en el bosque. Lanzó la última mirada a su padre, que ya no lo buscaba, sino que miraba hacia él. Sus ojos se encontraron por vez postrera, aunque Anquises no lo estaba viendo. Aun así, solo entonces Eneas tuvo fuerza para huir y dejarlo atrás.

∞

De nuevo el mar y el viento sobre los rostros, la humedad pegada al cuerpo y a los recuerdos. Eneas contemplaba las aguas intentando retener en su memoria las imágenes del reino de Hades. Le ahogaban las ganas de aferrarse a la vida a pesar de sus peligros e incertidumbres y de la amenaza permanente de la muerte. Recordando su vida, sus amores, sus risas, sus lágrimas, se le llenaba el corazón con una explosión de energía intensa. En sus labios se esbozó una sonrisa.

Lo seguía el resto de la flota, con las proas cortando la superficie, dejando estelas como surcos labrados en la tierra. Habían mantenido el rumbo norte, la dirección que les había indicado la sibila si pretendían encontrar un gran río navegable. Una brisa cálida acarició el rostro de Eneas, trayéndole los olores de la tierra. Se volvió para observar a su

tripulación: se esforzaban como siempre, navegando aquellas aguas con la misma destreza, confiados a él. Admiró su abnegación. Ellos no podían tener su certeza sobre el cumplimiento del destino, la seguridad de que el objetivo estaba cerca, porque no se habían estremecido como él observando lo indescriptible. Y aun así, lo seguían, y cuando el desánimo hacía presa en su arrojo, lo miraban como a un padre en busca de guía. Eran sus compañeros fraternales de aventuras.

Sí, le había sido anunciado que el viaje llegaba a su fin, pero ¿dónde estaba esa nueva Troya? ¿Dónde estaba ese nuevo hogar que acogería sus cuerpos abrumados por las guerras, el mar y el tiempo? Escudriñó la superficie del agua, esperando ver en ella el efecto de aquel viento templado para comprobar que venía del continente, pero ni una sola onda se reflejaba sobre ella. Sin embargo, allí estaban aquellos aromas. Llenándose los pulmones, podía imaginarlos naciendo de los surcos de tierra, podía notar la humedad de los terrones arrancados por el arado. ¿Era su imaginación anhelante?

Corrió a la proa y se colgó sobre el mascarón. Con claridad veía que el mar se rizaba a ambos costados de la nave con flecos blancos de espuma. Ahora bien, delante la superficie del agua parecía aceite: densa, aquietada. Se estaba formando una marejada al ritmo que la brisa ganaba intensidad. Asido a una maroma, descendió hasta la línea de flotación. Entonces advirtió que, frente a la embarcación, un camino de agua quieta, de un azul puro, intenso, formaba una suerte de pasillo que venía de la costa.

Apresurado, le arrebató el mando al timonel. Ante el asombro de todos, arrumbó la nave hacia tierra, siguiendo aquel pasadizo que marcaba un itinerario, como una línea de pasos

en la arena del desierto. Se dio cuenta de que sus marinos lo miraban asustados, creyéndolo poseído por algún trance provocado por sus viajes de ultratumba.

—¡Echad un cubo al agua! —ordenó. Cuando lo tuvo delante, mojó sus dedos en él y los saboreó. Su rostro se llenó de una luz intensa al ver confirmadas sus sospechas—. ¡Es agua dulce!

Los hombres se agolparon alrededor del cubo, y hundieron también las manos en el agua. Eneas tenía razón. El vigía bramó entonces desde lo alto: veía un río, un gran río que desembocaba plácidamente en el mar. De allí venía el olor a tierra, la brisa templada.

Habiendo entrado por la boca del río, ataron las naves a un ribazo de césped en la orilla. Los troyanos bajaron a tierra y, como hacía ya largas jornadas que no se detenían en ciudad alguna, tuvieron que buscar frutas en los campos para alimentar a todo el mundo, pues andaban escasos de provisiones. Luego se esparcieron a comer entre pinares, tendidos a la sombra de los talludos árboles cargados de piñas.

Eneas se reunió en un aparte con los jefes principales, Ascanio, como siempre, fue con ellos. Como andaban faltos de todo, dispusieron las viandas encima de unas tortas de espelta que colocaron sobre el césped. Se sentaron alrededor a parlamentar sobre lo que harían a continuación. Tan hambrientos estaban que, consumido todo lo demás, comenzaron a comer las tortas que les servían de soporte.

—Estamos comiéndonos las mesas —dijo Ascanio.

Eneas rio divertido, pero luego enmudeció de repente y se alzó, repitiendo las palabras de su hijo. Los jefes dejaron de comer y lo observaron.

—Esta era el hambre a la que se refería —dijo Eneas—, la que pondría fin a nuestros duelos. La profecía de la harpía.

Comprendiendo sus palabras, todos se levantaron, estremecidos, mirándose unos a otros, tomándose de los brazos. Eneas abrió los brazos, triunfante:

—¡Salve, tierra que el hado me tenía reservada! ¡Por fin hemos llegado!

Rápidamente se difundieron entre los troyanos aquellas palabras: aquel era el paradero, había llegado el día de fundar la ciudad prometida. Llenos de gozo, alzaron gritos de alegría a los cielos, repusieron de vino cada copa y el almuerzo se transformó en un festín que prosiguió durante horas y horas, y luego al caer la noche, y continuaba aún cuando la aurora del día siguiente alumbró la tierra con sus rayos de oro.

◇◇◇

El campamento crecía día a día alrededor del estuario. Las patrullas traían informes tranquilizadores: no había gente belicosa en las cercanías y la vida parecía transcurrir en paz entre los pueblos del río. Ahora bien, eran todas ellas poblaciones pequeñas, tributarias posiblemente de alguna mayor. Era al ejército de la capital, en todo caso, al que deberían temer. Hacia el norte se levantaba una ciudad esplendorosa cuyas murallas parecían sólidas y fáciles de proteger, con guardias apostados en las puertas. A pesar de tan poderosas defensas, sin embargo, sus habitantes no mostraban intenciones agresivas.

Convencidos de que las angustias del viaje y la guerra habían terminado para siempre, los troyanos se esforzaban por hacer crecer el asentamiento. Rodeando el perímetro habían

cavado un foso y una empalizada con maderos de puntas erizadas como las cerdas de un jabalí gigantesco. Algunos edificios se alzaban ya con fachadas de piedra; las tiendas militares eran sustituidas poco a poco por chozas bien construidas, sólidas, que daban a todos la dulce impresión de tener un hogar. Los campos en derredor eran fértiles, la tierra se desmadejaba en húmedos y oscuros terrones al paso del arado, nutrida por el agua del río. Pero aquella vida de agricultores no podía ser todo, pensaba Eneas. En su rostro no se reflejaba la alegría a la que se iban abandonando los demás con el paso de los días. Había venido a fundar una nueva Troya.

En la asamblea de jefes militares, las patrullas reportaron que habían avistado exploradores de la ciudad en las inmediaciones del asentamiento. Los espiaban. Cundió la preocupación entre los reunidos, pero Eneas quiso tranquilizarlos. Si habían enviado exploradores, entonces ya estaban al tanto de sus pacíficas actividades, de sus pobres defensas y, sin embargo, los habían respetado. Desconocían la sangre que corría por sus venas y el destino aciago que hallarían si osaban atacarlos. En suma, juzgaba, no parecían hostiles.

—Si nos espían, les preocupamos. Y si les preocupamos, no debemos preocuparnos por ellos —dijo Eneas.

Ordenó a sus hombres que, en caso de encontrarse con exploradores de la ciudad, no se enzarzaran con ellos en combate a menos que fueran atacados primero. Todos los jefes estuvieron de acuerdo, sin saber lo que verdaderamente se preguntaba Eneas: «¿sería aquella ciudad la del rey cuya hija desposaría?»

Una tarde, cuando la luz del ocaso iluminaba el río con sus cálidos tonos, una patrulla dio aviso de que se aproximaba una comitiva que venía desde la ciudad. La silueta de un jinete noblemente ataviado con escolta no tardó en dibujarse en el horizonte: los vigilantes siguieron con sus ojos aquella imagen que iba tomando forma. Eneas ordenó que se abriera la puerta de la empalizada a la comitiva y que condujeran al dignatario al edificio inacabado que albergaba la asamblea. Sentado sobre uno de los bancos, como sus caudillos a la espalda, el jefe de los troyanos se dispuso a recibir al heraldo. Cuando este entró en la sala, protegido por su escolta, vio que su gesto era curioso y benévolo.

—Vengo en son de paz. Me envía el rey Latino.

Eneas se quedó sin aliento. Bien podía ser el tal Latino el buen rey del que le hablara su padre. Ofreció asiento a su visitante frente a él y, con un gesto, lo invitó a hablar.

—Os hemos observado desde que desembarcasteis en esta zona del río Tíber —dijo el heraldo—. Si habéis decidido quedaros en estas riberas, nada tenemos que decir, salvo que faltan aquí gentes pacíficas, constructoras y nobles, y sobran caudillos salvajes y con afán de despojos de guerra.

—Buscamos tierras para asentarnos con vuestro pueblo, no para conquistar. Lejos de nosotros está ser desdoro de este reino ni apagar su renombre.

—Si tal es vuestra intención, os pide Latino conocer a vuestro caudillo o rey en una cena de recibimiento en su palacio, pues siempre está dispuesto a discutir una alianza entre hombres de paz.

Eneas inclinó la cabeza, indicando que se sentía tremendamente honrado:

—Puedes responder a tu rey que acudiré al palacio y escucharé cuanto tenga que decirme.

Habiendo cumplido su misión, la comitiva regresó a la ciudad de inmediato. Mientras la veía alejarse por donde había venido desde la empalizada, Eneas observó que una nube grisácea oscurecía la serena luz de la tarde y proyectaba su sombra sobre aquel río al que el hombre del rey Latino había llamado Tíber.

◇◇◇

El anciano rey Latino estaba nervioso. La llegada de los extranjeros había revivido en su memoria viejos deseos y, sobre todo, el recuerdo de un augurio que los adivinos habían vaticinado hacía tiempo. El soberano del Lacio se sentía viejo y cansado y, a pesar del tiempo transcurrido, no podía deshacerse del triste recuerdo de su malogrado hijo varón. Su bellísima hija Lavinia era la única heredera y muchos eran los pretendientes por toda Italia que esperaban con impaciencia el día en que entregara su mano a alguno de ellos.

Entre ellos descollaba el joven rey de los rútulos, de nombre Turno, por cuyo buen linaje y guerrera disposición le favorecía Amata, la esposa de Latino. Tiempo hacía que lo deseaba como yerno y presionaba a su marido con ese propósito. Sin embargo, Latino se resistía con todo tipo de excusas. Mientras sus sirvientes lo vestían en sus aposentos para recibir en su palacio al extranjero, el rey volvió a vivir el sueño que lo sacudió el lejano día en que fue a consultar el oráculo de su padre, el adivino Fauno. En aquel lugar, muy cerca de Ardea, fluía una fuente cuyas aguas transportaban los vapores del interior de la tierra. Recostado sobre el suelo, Latino escuchó la voz cavernosa de su padre:

—No trates, hijo mío, de casar a Lavinia con esposo latino. No confíes en el tálamo ya dispuesto por tu esposa. De lejos llegarán quienes han de ser tus hijos, cuya sangre habrá de elevar nuestro nombre hasta los cielos. Verán sus descendientes girar bajo sus pies, sometida, toda la tierra que el sol avista en su carrera desde que se levanta hasta que se hunde en el océano.

Aquel mensaje enigmático lo había atormentado durante años, enfrentándolo a soberanos poderosos que, al ver rechazados a sus hijos como pretendientes, creían que lo movía la soberbia. Ahora, a la espera del extranjero, sus esperanzas y sus miedos se acumulaban sobre su cansancio. Conocía bien la naturaleza pendenciera de Turno y también los resquemores que su esposa albergaba contra quienes venían de fuera.

Sentado sobre su trono, aguardando, se preguntaba ansioso si serían aquellos recién llegados la respuesta al oráculo, el preludio de un futuro esplendoroso. Por otro lado, dudaba: ¿sería capaz de entregar a su bella hija, la luz de sus días, a cualquier jefecillo guerrero que viniera de tierras lejanas con promesas? Deseaba preservar su reino tanto como darle nueva vida. Su único anhelo era encontrar el modo de conseguir ambas cosas.

Al abrirse las puertas de la sala de audiencias, su ánimo atribulado se llenó de un repentino calor. Delante de él avanzaba un hombre de paso firme, temible y audaz como un regio león. Sus ojos eran como dos antorchas iluminando la noche, tan penetrantes como sensibles; su porte proclamaba al mismo tiempo fuerza y serenidad. Seguido de su escolta, que iba ataviada a la manera troyana, se detuvo a los

pies de la escalinata e inclinó la cabeza ante el trono. Latino se sintió repentinamente relajado en su presencia, pues le daba la impresión de encontrarse ante un igual en grandeza, un caudillo que irradiaba una fuerza de voluntad tan contagiosa que él mismo tenía la impresión de que ante él recuperaba el vigor de antaño.

—¡Bienvenido, extranjero! —exclamó con alborozo—. Te ruego que nos digas quién eres y a qué has venido a esta tierra de Italia.

Eneas llevó la mirada al suelo. Le invadía una poderosa emoción al volver a traer a su mente el saqueo de Troya, las penalidades en el mar, la muerte de su padre, de su esposa. Los latinos se admiraron al ver que sus ojos se humedecían.

—He oído que eres un rey bondadoso, que busca amistad con pueblos que se proponen nobles empeños. Debes saber que vengo con los míos navegando a lo largo de vastos mares, buscando asilo para asentar a nuestros dioses patrios, una faja de tierra en la que nadie nos dañe, y agua y aire abierto de par en par a todos. No por azar, sino deliberadamente, hemos llegado aquí. La voluntad de los dioses nos ha hecho buscar estas costas y no otras, porque de aquí salió nuestro antepasado Dárdano. —A su señal, la escolta dejó en el suelo una caja de bronce, que abrió despacio para que nadie se alarmara—. Estos míseros restos de mi pasada fortuna te los ofrezco, rey. Soy Eneas, troyano desterrado de un imperio, hijo de Anquises y de la divina Afrodita. —Toda la sala quedó enmudecida al oír aquel nombre y linaje. Eneas sacó algunos objetos del interior de la caja—. Este es el vaso de oro con el que mi padre vertía en los altares sus libaciones. Este es el cetro que empuñaba nuestro rey, Príamo,

el monarca de la Tróade, cuando dictaba leyes o presidía la asamblea. Lo encontré junto a su cuerpo decapitado.

Así siguió mostrando maravillas y enumerando sus propiedades aquel descendiente de dioses y héroes ante su audiencia atónita. Pero Latino no lo escuchaba, pues solo pensaba en que al fin cesarían sus tribulaciones: Eneas el troyano era el hombre que predijo su padre, el yerno prometido por los hados, aquel que habría de llegar de un país extranjero, el que tendría una descendencia egregia que habría de adueñarse de todo el orbe de la tierra. Cuando Eneas acabó su imponente presentación, Latino se alzó de su sitial arrebatado de gozo, descendió los escalones del trono y se detuvo delante del héroe. Tomándolo por los hombros, exclamó:

—¡Bienvenido seas, Eneas de Troya! Mientras viva Latino conseguirás lo que anhelas.

Exultante, se volvió hacia los suyos, que prorrumpieron en gritos de alegría. Bien sabían que, con aliados como aquellos, no habría pueblo en Italia que pudiera doblegarlos.

◦◦◦

En el palacio, el banquete estaba en su punto más intenso. Latino y Eneas habían compartido comida y bebida, felices ambos por poder dar cumplimiento a los presagios que habían guiado sus vidas, que todavía no se habían confesado mutuamente, pues los dos pensaban que ya habría tiempo. Sentada al lado de su madre, la hermosísima Lavinia, apenas una muchacha, no podía evitar mirar de soslayo al troyano: veía en él a un héroe valeroso y esforzado, al hombre idóneo con el que iniciar un linaje, pero ¿sería capaz de amarlo? Nada se había hablado todavía, pero bien conocía ella los proyectos de

su padre, que tal vez el troyano ya sospechaba, pues no cabía duda, veía la muchacha, de que había reparado en ella. Eneas fingía no estar atento a sus miradas mientras hablaba con el rey, pero había quedado cautivado por la belleza y la discreción de la hija del monarca apenas la vio entrar en la sala.

La prudencia era obligada. Así lo entendía el héroe, porque advertía también un rostro desencajado, un alma en pie de guerra: la reina Amata, que se interponía ingenuamente para impedir que se vieran. Eneas sentía que la furia bullía en el alma de la reina. Había oído que no le agradaban los extranjeros y que, al conocer el linaje de sus invitados, había recordado de él la traición de Paris, que había iniciado una guerra.

Al parecer, la reina defendía la pretensión de un caudillo de Italia de ánimo belicoso. Era el mismo que se encontraba allí, entre otros invitados. De nombre Turno, reinaba entre el pueblo de los rútulos y tenía su capital en Ardea, al sur de allí. Encabezaba una liga de pueblos itálicos a la que había pretendido unir a Latino mediante el matrimonio con Lavinia. Corpulento y de rasgos toscos, parecía poco dispuesto a aceptar de buen grado el rechazo de sus deseos. Eneas sentía asimismo sus ojos estudiándolo, investigando sus maneras. Aquella confluencia de miradas, pensaba el héroe, tenía en el centro a Latino, sin que ninguna se detuviera en él. De ese modo, el rey se convertía en una sombra, presente pero fútil.

Vencido por el cansancio, el rey se retiró pronto a sus habitaciones para encerrarse en ellas. Su esposa propuso hablarle en privado, pero él no quiso escuchar. Molesta, Amata disculpó a su hija y le mandó recogerse a sus aposentos. En cuanto la princesa se hubo ausentado, Turno se alzó de

su asiento y, mirando a sus hombres, les ordenó que lo siguieran. Rodeado por ellos, salió de la sala a toda prisa. Los troyanos, ajenos a esta partida, disfrutaron de todo el vino que tenían antes de dar por acabada la fiesta.

Cabalgando lentamente sobre su caballo de vuelta al asentamiento, con sus hombres a la zaga, Eneas observaba los paisajes del Lacio. Contemplaba las cañas alrededor del cauce del Tíber, un espectáculo —había descubierto— que llenaba de tranquilidad su ánimo esforzado. Sentía ya que aquel era su territorio y que habría de ser el de sus descendientes. Los viajes habían acabado. Se planteaba ante ellos un trayecto muy distinto, sin naves, sin bagajes, sin caminos. Cerró los ojos y respiró hondo el aire de aquellas riberas hermosas y exuberantes, diciéndose convencido que, si su pueblo había tenido la fortaleza necesaria para realizar una travesía inconcebible, sin duda tendría el empuje que iba a exigir la nueva lucha que estaba comenzando, la lucha por alzar en aquella tierra la nueva Troya.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Sobre Eneas, Roma construyó una genealogía mítica que entroncaba sus orígenes más remotos con los héroes que lucharon en la guerra de Troya. El poeta Virgilio hizo de él el protagonista de su epopeya, la *Eneida*, concebida como una glorificación del nuevo régimen imperial que, tras la muerte de Julio César, comenzó a construir Augusto y que acabó dominando el mundo.

Roma sintió siempre una fascinación especial por la cultura griega, como bien supo captar el poeta Horacio (65-8 a.C.) en un verso que se ha hecho justamente célebre: «Graecia *capta ferum victorem cepit et artes intulit agresti Latio*», esto es, «la cautiva Grecia cautivó a su fiero vencedor y llevó las artes al rústico Lacio». Sin embargo, a la hora de buscar a sus ancestros, los encontró no en territorio heleno, sino en aquella legendaria Troya que los caudillos y héroes griegos redujeron a cenizas presumiblemente en el siglo XII a.C. y cuyo recuerdo quedó en las dos grandes epopeyas homéricas, la *Ilíada* y la *Odisea*. De esa vencida Ilión (el otro nombre con que se conoce la ciudad) escapó un héroe que, tras muchas vicisitudes, consiguió llegar a la península Itálica, establecerse en el Lacio y poner las bases de un reino en el que siglos más tarde nacerían dos de sus descendientes, los gemelos Rómulo y Remo, uno de los cuales sería el fundador, el 21 de abril del año 753 a.C., de Roma. Ese héroe era Eneas, hijo de la diosa del amor, Afrodita, y del mortal Anquises.

Mas ¿por qué escoger un héroe que, aunque de valor contrastado, pertenece al bando de los vencidos troyanos? La respuesta podría hallarse en unos versos de la *Ilíada* que posiblemente llamaron la atención de los primeros lectores romanos del poema. En ellos parecía que se auguraba la futura grandeza más que de Eneas, de su descendencia. Así, en el canto XX se lee una profecía que hace el dios de los mares, Poseidón: «Pues Zeus ya ha aborrecido de la estirpe de Príamo, y ahora la pujanza de Eneas será soberana de los troyanos, igual que los hijos de sus hijos que en el futuro nazcan». La misma idea es abordada en el *Himno homérico a Afrodita*, una composición quizá algo más reciente que el poema de Homero (si este se data habitualmente hacia el siglo VIII a.C., el himno podría ser del VI-V a.C.). En ella, la diosa profetiza a Anquises: «Tendrás un hijo que reinará entre los troyanos y les nacerán hijos a sus hijos, sin cesar. Su nombre será Eneas, porque terrible es la aflicción que me posee por haber venido a caer en el lecho de un varón mortal». Según la etimología aventurada aquí, el nombre del héroe (*Aineías*) se derivaría de *ainón*, «terrible».

Aunque breves, estos versos posiblemente se encuentren en el punto de partida de la leyenda de Eneas como ancestro de Roma. A ellos se uniría el deseo, más o menos consciente, de los romanos de buscar sus raíces en una civilización que les garantizara prestigio frente al resto de pueblos itálicos, pero que a la vez los distinguiera de una Grecia que desde el siglo VIII a.C. tenía ya establecidas prósperas colonias en la costa italiana y Sicilia. Catón el Viejo (234-149 a.C.), considerado el primer historiador romano, habría confirmado estos antecedentes troyanos de Roma en su obra *Orígenes*, hoy perdida. A través de él, el mito pasó a otros historiadores como Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.) y a poetas como Virgilio (70-19 a.C.), quienes acabaron de darle forma. De este modo, y gracias a Eneas, Roma adquiría el título de nobleza

que otorga el remontarse a un pasado heroico como el de la guerra de Troya, considerada entonces el episodio que inauguraba el tiempo histórico (y el literario, gracias a Homero). Y no solo eso: con la conquista de Grecia a mediados del siglo II a.C., Roma habría llevado a término, desde un plano simbólico, la reconciliación de las dos civilizaciones que combatieron en aquella remota guerra, la griega y la troyana.

En cuanto a la reina Dido, la otra gran protagonista de este mito (al menos en la versión que de él da Virgilio en su poema épico *Eneida*), es la fundadora mítica de la que sería la gran rival de Roma, Cartago. No obstante, las excavaciones arqueológicas indican que la fundación histórica de esta ciudad por colonos fenicios procedentes de Tiro habría tenido lugar hacia el siglo IX a.C., lo que la hace bastante posterior a la guerra de Troya. En todo caso, la trágica historia de amor entre Eneas y Dido sirvió para dar una justificación poética al sentimiento de odio que durante siglos se profesaron romanos y cartagineses, los dos pueblos que se disputaron la hegemonía del Mediterráneo occidental. Entre los años 264 y 146 a.C., se enfrentaron en tres grandes guerras, conocidas como púnicas (de *punici*, nombre con el que los romanos conocían a los cartagineses). Si en la segunda de ellas los cartagineses, dirigidos por el genio militar de Aníbal (de la familia de los Barca, que se consideraba descendiente de Dido), llegaron a pisar suelo italiano y a amenazar a la mismísima Roma, en la tercera, Cartago cayó, fue saqueada, arrasada hasta sus cimientos, y sus campos sembrados con sal para volverlos estériles. Los herederos de Dido sucumbieron ante los de Eneas.

LA EPOPEYA NACIONAL DE ROMA

Hablar de Eneas significa hablar de la *Eneida* de Virgilio. Como ya se ha visto, el troyano aparece mencionado en la *Ilíada*, pero en

Eneas, ancestro de César

La *Eneida* de Virgilio abunda en versos que insisten en que la misión de Eneas fue fundar una nueva Troya de la que «saldrían los caudillos que impondrían al mar y al orbe de las tierras su poder» y cuya misión no sería otra que la salvaguarda de la paz: «Tú, romano, recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes: imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes y abatir combatiendo a los soberbios». Pero el prestigio del héroe troyano era tal que también algunas familias se reclamaban descendientes directas de él. Una de ellas era la *gens* (familia) Julia, cuyo nombre afirmaban que procedía de Julo, el hijo que Eneas tuvo con su primera esposa, Creúsa, hija del rey Príamo. También conocido como Ascanio, este Julo habría fundado a la muerte de su padre (o su apoteosis y ascensión directa al cielo, según las versiones) una nueva ciudad en el Lacio, Alba Longa, donde estableció ese linaje y donde nacieron Rómulo y Remo. Durante siglos, los miembros de esta *gens* Julia tuvieron escasa relevancia pública. Y así fue hasta la irrupción de Julio César (100-44 a.C.), quien a medida que fue ascendiendo en política no dejó nunca de reivindicar a Eneas (y con él, a la diosa Venus, o Afrodita para los griegos) entre los antepasados de su linaje, tanto por razones de prestigio como por el intento de dar una mayor legitimidad al régimen dictatorial que quiso imponer y que acabó conduciéndolo a la muerte. Su hijo adoptivo y sucesor, Octavio Augusto, llevó la *gens* Julia al trono del Imperio.

la literatura griega no deja de ser una figura secundaria. Todo lo contrario que en la latina, donde es ensalzado como el héroe del que nacerá Roma, la segunda Troya y conquistadora del mundo. A pesar de que la muerte impidió a Virgilio concluirla, la *Eneida* es la epopeya nacional del mundo romano. Su autor la compuso según el modelo de la épica homérica, pero con un propósito muy claro: por un lado, ensalzar el régimen imperial que Augusto estaba construyendo sobre las cenizas de la República romana, y por otro, dar a esa nueva Roma una epopeya a la altura de su misión en el mundo. El mérito del poeta, sin embargo, consiste en que fue capaz de ir más allá de lo que, en otras manos, no habría sido más que una obra de propaganda política: él logró crear un clásico, una composición que resucita la épica homérica, pero la dota de nuevos recursos expresivos, de una poesía bella y sublime, y también con alguna nota de ironía y desafío hacia las convenciones, empezando por la propia del heroísmo.

Otro poeta de la naciente época imperial, Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), también se acercó al mito, pero desde la perspectiva de la reina Dido. Lo hizo en *Heroidas*, una colección de cartas de amor que las heroínas de la mitología dirigen a sus ingratos amantes. La épica desaparece aquí para dejar paso al sentimiento, expresado con acentos patéticos que inflamarán la imaginación de los artistas y músicos del Barroco en adelante.

La *Eneida* conoció varias adaptaciones en la Edad Media, como el anónimo *Romance de Eneas* del siglo XII, pero fue a partir del Barroco cuando dio pie a creaciones nuevas y originales. Una de las más interesantes es la tragedia *Dido, reina de Cartago*, de Christopher Marlowe (1564-1593), la figura más decisiva del teatro isabelino hasta la irrupción de William Shakespeare (1564-1616). Compuesta hacia 1585, sigue con bastante fidelidad la obra de Virgilio (tanto,

que incluso se incluyen algunos de sus versos en latín), aunque introduciendo cierto elemento paródico en todo lo que tiene que ver con los dioses, sobre todo Júpiter –el Zeus griego–, así como un claro gusto por el tremendismo. Por lo que respecta a Shakespeare, Eneas es uno de los personajes de la comedia *Troilo y Crésida*, en la que la nobleza de su carácter contrasta con unos héroes griegos pintados con poco favorecedores colores.

En el siglo XX, la *Eneida* y su autor fueron el punto de partida de *La muerte de Virgilio*, del austriaco Hermann Broch (1886-1951). Revolucionaria en su estilo y su empleo del lenguaje, esta novela reconstruye las últimas horas de vida del poeta, los éxitos y fracasos de su carrera, sus diálogos con el emperador Augusto sobre el arte y su uso por el poder, y, muy especialmente, su obsesión por destruir esa *Eneida* que iba a restar inacabada y, por tanto, en un estado muy alejado de la perfección por él deseada para todas sus creaciones. El delirio y la realidad, el sueño y la vigilia, se entrecruzan en estas páginas escritas en plena Segunda Guerra Mundial y en el exilio. «Nada puede el poeta –dice en ellas Virgilio–, ningún mal puede evitar; se le escucha únicamente cuando magnifica el mundo, pero no cuando lo representa tal como es. ¡Solo la mentira es gloria, mas no el conocimiento! ¿Y sería posible, pues, pensar que a la *Eneida* le tocaría ejercer otra influencia, una influencia mejor?».

EL HÉROE EN LAS ARTES PLÁSTICAS

A diferencia de otros héroes de la guerra de Troya, Eneas tiene una presencia poco destacada en el arte griego. Hay, no obstante, una excepción, y es el motivo que muestra al troyano huyendo de la conquistada ciudad cargando a su padre, Anquises, sobre la espalda,

en ocasiones seguido de cerca por su hijo Ascanio. Esta escena decora varias cerámicas, como una jarra de vino de figuras negras del siglo VI a.C. conservada en el Museo del Louvre de París, o un ánfora de figuras rojas del siglo V a.C. del Staatliche Antikensammlungen de Múnich. Mas es en el arte romano donde los motivos concernientes al héroe son más abundantes. Así lo confirman varios frescos recuperados de las ruinas de la ciudad de Pompeya (que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles), como uno que muestra a Eneas mientras es curado de una herida en una pierna bajo la atenta mirada de su madre Venus, u otro que representa a Dido y Eneas abrazados.

Con un estilo que remite aún a las miniaturas medievales, el llamado Maestro de la Eneida, activo en Limoges en la primera mitad del siglo XVI, realizó una serie de placas de esmalte pintadas sobre



En 1502, en Estrasburgo, se imprimió una lujosa edición de la Eneida con más de cien grabados. Sobre ellos, un anónimo artista de Limoges conocido como Maestro de la Eneida realizó una serie de esmaltes pintados que destacan por su colorido y una calidad de detalle digna de un miniaturista; como este, que muestra la partida de Eneas de Creta. Se conserva en el Museo del Louvre de París.

episodios del poema virgiliano que destacan por su colorido y cierta ingenuidad. Muy diferentes son los frescos que decoran una de las salas del Palazzo Fava de Bolonia. Pintados solo una cincuentena de años más tarde que esos esmaltes por los Carracci, Annibale (1560-1609), su hermano Agostino (1557-1602) y su primo Ludovico (1555-1619), representan el Renacimiento más clasicista y académico, muy influido por el arte de la Antigüedad. Otro ciclo importante es el pintado con su habitual estilo teatral por Giambattista Tiepolo (1696-1770) para la Villa Valmarana Ai Nani de Vicenza. Eneas se une aquí a su enemigo Aquiles, presente en otra sala, pues el noble que encargó los frescos quiso que estos recrearan el espíritu de la epopeya antigua, tanto la griega como la romana.

Fuera de estos conjuntos, las obras sobre la *Eneida* son incontables. En escultura, es de gran calidad el grupo *Eneas, Anquises y Ascanio*, trabajo de juventud de Gian Lorenzo Bernini (1598-1680), que muestra ya su virtuosismo técnico y su habilidad para dotar de movimiento los cuerpos y de vida los rostros. Y en pintura, abundan las escenas que tienen que ver con Dido. *La despedida de Dido y Eneas* de Claudio de Lorena (1600-1682), *Dido y Eneas* de Pierre-Narcisse Guérin (1774-1833) y *Dido construyendo Cartago* de William Turner (1775-1851) son algunas de ellas, a las que se suman las de la muerte de la reina, sea atravesada por la espada de su amado, como en *La muerte de Dido* de Peter Paul Rubens (1577-1640), *Dido abandonada* de Andrea Sacchi (1599-1661) y *Dido* de Henry Fuseli (1741-1825), sea en una pira, como en *La muerte de Dido* de Guercino (1591-1666). Sobre otros temas, son también dignos de mención *La fuga de Troya* de Adam Elsheimer (1578-1610), *Eneas y la sibila en el inframundo* de Jan Brueghel el Viejo (1568-1625), *Eneas en Delos* del mencionado Claudio de Lorena, y *Eneas vence a Turno* de Luca Giordano (1634-1705).



Arriba, La muerte de Dido *(Museo J. Paul Getty de Los Ángeles), que Rubens pintó hacia 1640. La contorsión del cuerpo de la reina, así como los tonos sombríos y la presencia de la efigie del difunto Siqueo en el que fuera el lecho matrimonial de la pareja, confieren a la escena un potente dramatismo. En contraste, la pintura de Claudio de Lorena* Eneas en Delos *(National Gallery de Londres) se sirve de la mitología como una excusa para recrear una visión idealizada del paisaje, adornado en esta ocasión por unos edificios clásicos.*



Índice